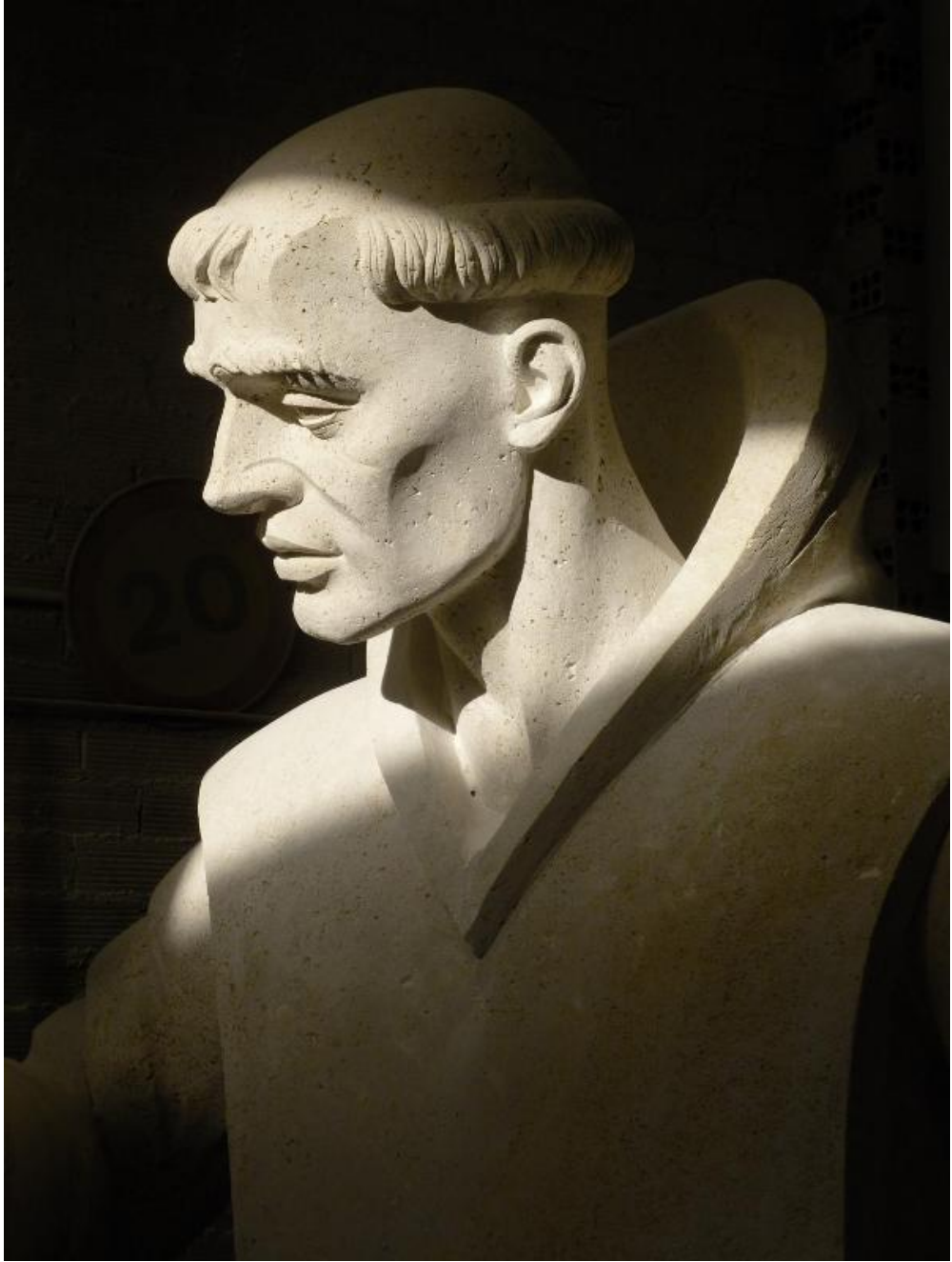


TRAS LA HUELLAS DE SAN BRUNO



Introducción

Querido/a lector/a, te invitamos durante unas horas a caminar tras las huellas de San Bruno. Como tal vez ya sabes, tenemos que remontarnos nueve siglos atrás... Sin embargo, observarás que, aunque nos separan de Bruno novecientos años, su persona, su espíritu... Siguen estando vigentes en nuestra actualidad, y todavía hoy interpelan a muchas almas que se sienten atraídas y llamadas a seguir sus huellas.

¿Qué secreto, qué descubrimiento, qué perla preciosa impulsó a Bruno a afrontar la soledad?

Misterio de la llamada que Dios hace sentir a algunas almas hacia la vida puramente contemplativa y de absoluta entrega al amor. Misterio de esas vidas ocultas, humanamente anonadadas con el Cristo anonadado. Misterio de esa oración de Cristo en el desierto, en el monte por la noche durante su vida pública, en Getsemaní... De esa oración de Cristo que se prolonga en cada etapa de la vida de la Iglesia en las almas que Dios llama. Misterio de soledad y de presencia en el mundo, de silencio y de irradiación evangélica, de sencillez y de gloria de Dios...

Este es, precisamente, el misterio que ahora intentaremos descubrir en el alma de Bruno.

*Todos los textos están tomados
de la página web oficial de la Orden de la Cartuja*

<http://www.chartreux.org/es/textos/bruno.php>

Breve historia de San Bruno



EL MAESTRO BRUNO, alemán de nación, de la célebre ciudad de Colonia, hijo de padres ilustres. Formado tanto en las letras seculares como en las eclesiásticas. Canónigo de la Iglesia de Reims, no inferior a ninguna de entre las francesas; y maestrescuela. Abandonó el mundo y fundó el yermo de la Cartuja que presidió por seis años.

Solicitado por el papa Urbano II, antiguo discípulo suyo, se trasladó a la curia romana para ayudar al mismo Papa con sus alientos y consejos, en los negocios eclesiásticos.

Pero no pudiendo llevar la agitada vida de la curia, inflamado en amor de la soledad y quietud abandonadas, dejó la curia y renunció también al arzobispado de la Iglesia de Reggio, para la cual había sido elegido por voluntad del mismo Papa.

Se retiró al yermo de Calabria llamado la Torre, donde, con algunos laicos y clérigos vivió en soledad el resto de sus días. Allí murió y recibió sepultura, después de unos once años de su salida de Chartreuse. (*Crónica Magister; S.XII*)

El párrafo anterior, extraído de la Crónica Magister o Crónica de los cinco primeros priores de la Cartuja, viene a ser un resumen de la vida del Santo. Vamos ahora a recorrer con más detalle estos hechos, y veremos en ellos la mano de Dios.

Primeros años de San Bruno y llamamiento a Sèche-Fontaine

¿En qué fecha nació? Lo ignoramos; pero apoyándonos en un dato cierto, la fecha de su muerte (6 de octubre de 1101), y en los acontecimientos de su vida, podemos conjeturar sin gran peligro de error, que Bruno nació entre 1024 y 1031. Nosotros hemos optado por cifrar la fecha en 1030.

En Colonia (Alemania) vivió sus primeros años, pero no conservamos ningún documento de este período. Cuando era niño, Colonia vivía todavía de ese resurgimiento religioso que había impulsado su arzobispo Bruno I.

En aquella época, sólo los monasterios y las iglesias tenían escuelas donde se iniciaba a los niños en las letras humanas; en una de estas escuelas suponemos que habría realizado Bruno los primeros estudios. Un hecho, en cambio, parece innegable: desde sus primeros años reveló nuestro Santo unas dotes intelectuales poco comunes, por lo que fue enviado a continuar sus estudios a la escuela catedralicia de Reims (Francia). Reims dejará realmente su huella en él, hasta el punto de que, olvidando su origen alemán, se le llamará más tarde Bruno "el francés".

* * * * *

No se sabe con certeza en qué se ocupó Bruno desde el fin de sus estudios personales hasta su nombramiento para maestrescuela de Reims, pero, puesto que esta ciudad era entonces uno de los focos intelectuales más célebres de Europa, y había que mantener su elevada reputación mediante una esmerada selección del profesorado, Bruno debió haber demostrado su competencia en los cargos secundarios que se le confiaron previamente, para que, a pesar de su edad (sólo contaba veintiséis o veintiocho años) le colocaran en el puesto más destacado de sus escuelas.

La elección era un gran honor y fue aceptada con gran humildad y espíritu de servicio por el nuevo maestrescuela. El hecho de que se le designase tan joven para ocupar un puesto tan delicado significaba que, Herimann, su predecesor en el cargo, había descubierto en él, no sólo excepcionales dotes para la enseñanza, sino también cualidades de trato e, incluso, de gobierno.

Durante unos veinte años fue un brillante director de la enseñanza en Reims. Al claustro de la catedral afluyeron multitud de discípulos. Algunos de ellos alcanzarían las más altas dignidades de la Iglesia, como Eudes de Chatillon que fue elegido papa con el nombre de Urbano II.

Es de destacar también que, en la época de su docencia en Reims, Bruno sobresalía a los ojos de sus discípulos en el conocimiento de los textos sagrados, sobre todo del Salterio, y suponemos que, tanto en Chartreuse como en Calabria, se gozó de tener compañeros "sabios", orientando a sus ermitaños hacia el estudio de la Biblia.

Además de maestrescuela de la catedral de Reims, ocupó así mismo el cargo de canónigo en la misma.

* * * * *

El 4 de julio de 1067, el arzobispo de Reims, Gervasio, moría dejando fama de virtud. Le sucedió Manasés de Gournay con el título de Manasés I¹. Fue consagrado en octubre de 1068 o 1069 y, aunque había obtenido la sede de Reims por simonía² en complicidad con el rey de Francia, Felipe I, Manasés administró al principio su diócesis de una manera tranquila que permitía esperar de él un gobierno normal.

Pero enseguida salió a la luz su doble juego. Para satisfacer su codicia sin perder por ello su sede episcopal, supo mezclar hábilmente los gestos de sabia y caritativa administración, con las rapiñas más audaces.

Manasés I nombra a Bruno canciller, encargado por oficio de la composición, registro y expedición de los documentos oficiales de la curia arzobispal. Promover a Bruno era lisonjear a la opinión pública, sobre todo a la universitaria; era dar pruebas de buena voluntad, siendo tan viva y general la estima de que el Santo gozaba.

Como venimos observando, Bruno se nos revela primero como alma totalmente orientada a los estudios sagrados; luego, como un "Maestro", y, finalmente, como un hombre cuya autoridad moral se impone a todos. Había decidido consagrar su vida al estudio

¹ No hay que confundirlo con el preboste de Reims también llamado Manasés, que encabezará el grupo rebelde contra su homónimo, seguido por Bruno, Poncio, Raúl, Fulcuyo y seguramente algunos más.

² Simonía: compra o venta de asuntos espirituales o temporales inseparablemente anejos a los espirituales.

y a la enseñanza de la fe; las cosas de Dios habían cautivado su corazón y bastaban para llenar su alma. Era un hombre justo en el sentido bíblico de la palabra y, al igual que el abad de Saint-Arnould, Guillermo, tuvo muy pronto que habérselas con el arzobispo Manasés I...

En septiembre de 1077, los padres del Concilio de Autun depondrían a Manasés, siguiendo las directrices del papa Gregorio VII en su condena de la simonía. Pero el arzobispo conseguiría el perdón del Papa a pesar de la oposición de sus canónigos. El enfrentamiento se mantendrá hasta el año 1080 en que el Papa le destituye definitivamente.

Durante todo este tiempo, los clérigos disidentes han debido exiliarse fuera de Reims, poniendo en peligro sus nombramientos y propiedades, y situándose en una postura muy delicada en relación a la jerarquía eclesial. El conde Ebal los acogerá durante ese periodo en sus tierras.

Bruno no ignoraba la situación en que se encontraba, muy a pesar suyo, comprometido. Sufriría profundamente tanto por su caridad, justicia y honradez, como por su amor a la Iglesia.

La miseria moral de Manasés I, no podía menos de provocar en el puro y recto Bruno una de estas dos reacciones: la resistencia o la elevación hacia una vida más pura. En este ambiente, el culto a la Palabra de Dios, el amor de la más elevada amistad y la integridad que vemos en Bruno, condenan al alma humana a cierta soledad. Un ser puro es, siempre y en todas partes, un solitario. Además, a medida que se agravase la situación, se sentiría más obligado a continuar la lucha y más atraído hacia la soledad.

No es gratuito conjeturar la honda inquietud que para un corazón sumiso y bondadoso era tener que enfrentarse públicamente y hasta sus últimas consecuencias a un superior eclesiástico. Vio y aceptó su deber desde el principio del conflicto, con tanta claridad como el legado pontificio, Hugo de Die, pero sin impacencias, ni debilidad. Conducta serena. No da un paso precipitado, va al exilio cuando debe, declara ante los concilios para ello convocados y, por lo demás, sabe callar. Conducta limpia. Él se mantiene hasta

el final, sin servilismo y sin orgullo. Conducta justa y fuerte de hombre bueno en la madurez de sus cuarenta y cinco a cincuenta años, acrisolada por la tribulación.

* * * * *

Es probable que la hora de la prueba constituyera para Bruno la hora de la luz. El destierro por Cristo será un paso decisivo en su camino hacia Dios. Durante aquella experiencia única, el Espíritu que lo había conducido lo llamará al desierto para hablarle al corazón.

La narración del mismo Bruno acerca de su vocación en el jardincillo de la casa de Adam, se impone por sí sola como documento histórico.

Es el recuerdo personal más íntimo que tenemos de Bruno y aunque los datos no nos permiten situar el lugar ni la fecha con exactitud, sí se puede afirmar que fue en torno al 1080, poco antes o inmediatamente después de ser depuesto Manasés. La escena descrita por él quince o veinte años más tarde —después de 1096 en que Raúl fue nombrado preboste— escapa de su pluma como una vivencia única. Es la clave de su vocación y su destino.

Se encuentran juntos Bruno, Raúl y Fulcuyo; los tres han estado vinculados por propugnar en la diócesis y para su cabeza la reforma eclesiástica. El de más categoría, Bruno. Después viene Raúl, miembro también del cabildo, posteriormente preboste y arzobispo diez años después. Lo llaman "el Verde", probablemente por el color cetrino de su piel. Indudablemente es hombre de valía. Con él conservará Bruno relación de amistad y correspondencia por mucho tiempo, y a él va dirigida la carta en recuerdo de este hecho. El tercero es Fulcuyo. La bondad que irradia Bruno une los corazones de los tres amigos.

Y bajo aquel plácido y espiritual departir de amigos en el risueño jardín, irrumpió como una llamarada el Espíritu Santo: "Entonces, ardiendo en amor divino, prometimos, hicimos voto y dispusimos abandonar en breve el mundo fugaz para captar lo eterno y recibir el hábito monástico".

La decisión, como la cuenta su protagonista, tiene algo de repentina y mucho de poderosa. El "amor", y no cualquiera, sino el "divino", les hizo literalmente "arder". Tres verbos funden y suman su acción: "prometimos", es decir, abrazamos una opción mediante la virtud de la fidelidad; "hicimos voto", nos comprometimos ante Dios en virtud de la religión; "dispusimos", determinamos cómo ejecutarlo. Triple acción unificada que recae también sobre un triple objeto: abandonar el mundo fugaz, retiro a la soledad; captar lo eterno, vida contemplativa; y recibir el hábito monástico, pasar al orden monacal.

Si cada situación concreta de la vida humana tiene un carácter singular e irrepetible, hay algunas que marcan a la persona para siempre. Así fue en este caso para Bruno.

Era una llamada fuerte e inconfundible a la conversión total a Dios, vocación a su propio destino de santidad. Entonces no podía conocer al detalle sus caracteres. Los irá descubriendo en una búsqueda perseverante. Menos podía adivinar la originalidad de esta llamada y su transmisión a futuras generaciones de monjes. Pero como una semilla que, fielmente cultivada, llega a árbol frondoso, estaban allí en germen todas las facetas de la vocación monástica, tan rica en horizontes.

Aunque no pensase en ello, estaba iniciada la vida en Dios y su servicio, la entrega radical por amor al Único siempre inagotable, el desarrollo en plenitud de la gracia bautismal, la escucha y comunión con el Espíritu, su función eclesial como miembro del Cuerpo místico, el testimonio de una vida consagrada en los consejos evangélicos, la esperanza viva de los bienes celestiales y la parusía. Y expresamente mencionados en el compromiso de los tres amigos estaban tres rasgos fundamentales: el hábito monacal, que era como decir la vida monástica; la soledad, la contemplación y el motor de ello, el amor divino.

Bruno es un hombre calmoso, mesurado, de una igualdad inalterable de carácter. Su vida interior parece haber madurado lentamente en los cargos y pruebas, con la experiencia del mundo y de los hombres. Hubiera podido, sin duda, merced a una disposición providencial, deber su llamamiento a un suceso extraordinario;

pero la llamada interior a una vida más profunda, coronando una constante y excepcional fidelidad, es mucho más conforme con su carácter y con el tipo mismo de santidad que se reconoce en él. Este hombre grave y recogido, avanzado ya en las vías del espíritu, no iba a ser llamado por Dios con un golpe teatral, ni determinado a cambiar de vida por un terror súbito: después de haber caminado largos años en la presencia del Señor, recibe simplemente la gracia de una mayor dedicación a Dios.

Sería imprudente fijar con demasiada precisión la fecha en la que los tres amigos, Bruno, Raúl Le Verd y Fulcuyo Le Borgne realizaron su voto en el jardincillo de la casa de Adam. Sea como fuere, la conversión narrada por Bruno es un momento cumbre en la historia de su vocación, uno de esos momentos de altura y plenitud, una de esas horas a partir de las cuales se puede contemplar el panorama interior del alma distinguiendo los distintos niveles.

Este momento para Bruno y sus dos compañeros es un momento de fuego divino.

* * * * *

Ante las distintas opciones graves de su vida, se había decidido plenamente por Dios, con una intransigencia e intensidad significativas. Había consagrado los años de su juventud y madurez al estudio personal y luego a la enseñanza de los Libros Santos. No sólo se hizo clérigo, sino que había aceptado el canonicato en la forma usual en la catedral de Reims entonces, y en este cargo había manifestado virtudes cuyo testimonio nos han llegado por los "Títulos fúnebres"³. La llamada en el jardincillo, le marcaba un nuevo horizonte en su vida.

Tras la generosa entrega, la siguiente etapa es la búsqueda de un ambiente humano y eclesial en donde poder realizarla. Dentro del monaquismo descarta a Cluny, posición muy significativa en aquellas circunstancias, conociendo muy bien la realidad y el ideal de su observancia. Bruno indaga, tantea, pero nunca por este lado.

³ "Títulos fúnebres" o "Rollo de difuntos": textos elogiosos que se recogían, tras la muerte de algún personaje eclesiástico importante, en aquellos lugares a los que se acudía para pedir sufragios por el difunto.

No se sabe que visite abadía o algún monasterio cluniacense, ni hay referencia alguna que indique especial conexión.

Al otro extremo de los cenobitas estaban los "reclusos", hombres o mujeres voluntariamente encerrados en una celda murada o sellada por el obispo, o en dependencia de un monasterio cercano. Tampoco Bruno tanteó por ahí. Más que vivir, quiere convivir la soledad.

En una fecha que no podemos precisar exactamente, pero que se sitúa entre 1081 y 1083, Bruno abandonó Reims después de renunciar a la sede arzobispal para la que, según los escasos datos históricos con que contamos, habría sido propuesto. Se dirigió, junto con dos compañeros, Pedro y Lamberto, hacia el sur, en dirección a Troyes.

Cuando Bruno, Pedro y Lamberto acudieron a Roberto, abad de Molesmes, en las cercanías de Troyes, acababan de regalar a la abadía la finca de Sèche-Fontaine, que no utilizaban. Sèche-Fontaine, pues, fue el lugar donde, con la aprobación de Roberto, se instaló Bruno con sus compañeros. Allí vivieron vida eremítica.

Inevitablemente tenía que llegar el día en que Molesmes, por la expansión de su crecimiento, pondría a los ermitaños de Sèche-Fontaine ante la alternativa de elegir entre la vida cenobítica uniéndose a la abadía, o la vida eremítica, proceso frecuente en las fundaciones eremíticas que durante aquellos años poblaron los bosques y soledades de Francia. La opción no tardó en presentarse; los ermitaños, a los que se habían unido algunos discípulos, se dividieron según sus distintas vocaciones. Pedro y Lamberto escogieron Molesmes, siguiendo en Sèche-Fontaine.

Pero Bruno lleva en sí otro ideal de vida espiritual: se siente impulsado por el Espíritu de Dios al "desierto", y escoge el eremitismo. Así vemos cómo, acompañado indudablemente de algunos compañeros, deja Sèche-Fontaine y va en busca de un lugar apropiado para la realización de su proyecto. Esta separación se hizo en un clima de sinceridad y caridad.

Fuera como fuese, la nueva partida de Bruno, su salida de Sèche-Fontaine, nos da una luz especial sobre su vocación. Como monje, no se siente llamado a la vida cenobítica. Quiere la soledad, el "a solas con el Solo", a solas con Dios. Este es el auténtico llamamiento del Espíritu Santo en su alma y en su vida.

De nuevo emprendió la ruta del sur con algunos compañeros; se dirigieron hacia Grenoble, en dirección a los Alpes. Buscaban un lugar donde poder responder a la llamada de Dios, y atraídos por la santidad de Hugo, obispo de esa ciudad, acudieron a verlo.

Estamos en el año 1084 cuando Bruno y sus compañeros llegan a la presencia de Hugo de Grenoble; comienza así una maravillosa y misteriosa aventura...

La fecha en que aquella semilla de vida solitaria caía en tierra de Chartreuse es uno de esos hitos indelebles que enmarcan la historia de una institución.

El desierto de Chartreuse

Bruno, cuando llegó a Grenoble, no tenía ninguna idea preconcebida sobre el lugar donde implantaría su eremitorio. Sólo desea encontrar un sitio a propósito para ese tipo de vida.

Anda en busca; su idea de la vida eremítica es clara, pero no sabe dónde realizarla. Espera encontrar ese sitio en la diócesis de Hugo, donde abundan las montañas, pero no está seguro de ello. En cambio, está convencido de que encontrará en Hugo a un hombre verdaderamente de Dios, que comprenderá su proyecto y cuyo trato y conversación, como los de Roberto de Molesmes, estimularán su fervor.

Siete son los que forman el pequeño grupo que se presenta ante el Obispo. Desconocemos dónde y cuándo se adhirieron a Bruno sus compañeros; ningún documento nos lo revela, pero los siete estaban decididos a llevar juntos vida eremítica y desde hacía algún tiempo buscaban un lugar a propósito para realizar su proyecto.

Bruno los conduce hasta el Obispo que, inspirado por un sueño, los guiará hasta el desierto del macizo montañoso de Chartreuse. Es Guigo, el quinto prior de la Cartuja, autor de la "Vida de San Hugo", quien nos refiere y autentifica la realidad del sueño, y su probada austeridad nos lo confirma.

Si, finalmente, Bruno y sus compañeros se instalan en el desierto de Chartreuse, no es porque ellos mismos hayan escogido el lugar, Dios mismo se lo señaló por mediación de su intérprete, el obispo Hugo.

Una mañana de junio, hacia la fiesta de San Juan Bautista, un pequeño grupo de hombres, con rostros graves y pobre vestimenta, salía de la residencia episcopal de Grenoble, guiados por el joven obispo Hugo. Se dirigían hacia el norte y tomaron la ruta del Sappey. Dejando atrás las últimas casas del pueblo, penetraron en el inmenso bosque.

En este desierto penetraron audazmente nuestros viajeros por la puerta de la Cluse y, como si buscasen el punto más salvaje, subieron hasta el extremo norte, donde el desierto termina en una garganta cerrada por montañas tan altas que el sol apenas penetra allí durante la mayor parte del año. Todavía hoy los árboles se estiran hacia el cielo entre las hendidas rocas, como fantásticas lanzas, para conquistar al menos con sus copas el aire puro, la luz y el calor.

Allí se detuvo la pequeña caravana; habían llegado. El sitio escogido es un testimonio del ansia ardiente de los siete primeros cartujos por la vida solitaria. Porque... ¡no se acertaría a encontrar otra cosa en el lugar donde se establecieron! La presencia de una fuente determinó probablemente el emplazamiento.

Quedaban en el desierto siete hombres: Maestro Bruno, Maestro Landuino, toscano de Luca y renombrado teólogo; Esteban de Bourg y Esteban de Die, canónigos ambos de San Rufo; Hugo, a quien llamaban el capellán por ser el único que entre ellos ejercía las funciones sacerdotales, y dos laicos, Andrés y Guerín, que serían los conversos.

Bruno quería la vida eremítica pura, con soledad estricta, atemperada solamente por algunos actos de vida comunitaria. Una vida eremítica, por tanto, cuyos peligros e inconvenientes se vean contrarrestados por elementos de vida cenobítica.

La comunidad será poco numerosa, lo suficiente para garantizar la subsistencia, pero evitando que su aumento desproporcionado condicione necesidades imposibles de cubrir. Admirable solidaridad espiritual de un grupo de hombres, enamorados de Dios, que se organizan entre sí para que de sus vidas unidas brotara la contemplación pura.

La parte de vida comunitaria no es una simple concesión a la fragilidad de la naturaleza humana, sino que constituye un verdadero intercambio espiritual y humano. Una amistad santa une entre sí a los miembros del grupo. Amistad que se entabla entre fuertes personalidades de gran mérito, doctrina y santidad, cuyo prototipo es Bruno. Estos tres rasgos parecen caracterizar al cartujo, tal como lo quiere San Bruno.

La contemplación debe nutrirse en la fuente de la Sagrada Escritura y los santos Padres; a su vez, este conocimiento debe encontrar un estímulo en la contemplación. Conocimiento lleno de amor, y amor que lleva al conocimiento. El cartujo vive, en su espíritu y en su corazón, el misterio de Dios. Y lo vive con grandeza de alma. Nada hay de mezquino en esta vocación. Todo está marcado con ese carácter de absoluto, de exigencia, de totalidad, de plenitud, que da su verdadera talla al hombre de Dios.

De ahí la importancia del lugar escogido, porque semejante forma de vida no se puede realizar en cualquier parte. Se necesitan unas condiciones especiales: un desierto, una separación del mundo, un número reducido de ermitaños, una proporción razonable entre "padres" y "hermanos". La Chartreuse ofrecía una ocasión excepcional, quizá única, para realizar sin ningún obstáculo semejante ideal.

En estas circunstancias es difícil imaginar que Bruno y sus compañeros hubieran tenido ni la más remota idea de fundar una Orden. No, sólo formaron un grupo reducido de solitarios, con unas exigencias concretas y en unas condiciones únicas que podían esperar continuaran mucho tiempo después. Tenían una conciencia demasiado viva de la originalidad de su estilo de vida, y, sobre todo, tal amor al silencio, a la humildad, al olvido y a la abnegación que no soñaban en extenderlo a otras partes y a otras personas. La idea de multiplicar su experiencia en el espacio y, sobre todo, en el tiempo, les era totalmente extraña. Convenía que la primera generación de cartujos, y el mismo Bruno, vivieran y murieran sin otra intención que la de vivir como perfectos ermitaños contemplativos, a fin de que su ideal llevara la impronta de una pureza absoluta. Más tarde, el Señor dispondría las cosas de modo distinto al que habían pensado, pero esto sería obra de Dios...

* * * * *

El nueve de diciembre de 1086 proporcionó una gran satisfacción a Bruno y a sus compañeros. Ese día, en un sínodo celebrado en Grenoble, el obispo Hugo ratificó solemnemente las donaciones que habían hecho dos años antes los propietarios de las tierras de Chartreuse. Los cartujos quedaban dueños definitivamente de aquellas posesiones y además en la carta se definía, no sin solemnidad, el fin y la razón de ser del eremitorio.

Bruno podía creer por fin que había alcanzado el puerto por el que suspiraba su alma. Durante seis años siguió esta vida que consideraba como la más pura, la más santa, la más consagrada a Dios y también la más eficaz en un mundo en el que la misma Iglesia institucional, demasiado comprometida en intereses políticos y temporales, se corrompía. En la Cartuja creía haber encontrado definitivamente ese estar a solas con Dios, que consideraba como el preludeo del cara a cara eterno.

Junto al papa Urbano II

Desde su elección, Urbano II se propuso rodearse de hombres íntegros, cuya absoluta fidelidad a la Iglesia y a la obra emprendida por Gregorio VII conocía, para asociarlos al gobierno de la Iglesia;

Hugo, abad de Cluny, Juan, de Monte-Casino, Bruno y hasta un total de quince monjes, fue llamando paulatinamente a su lado durante su pontificado.

Bruno recibió un día la inesperada noticia de que el Papa le llamaba a Roma, y no para pasar una temporada, sino para quedarse allí. Su obediencia fue absoluta e incondicional en cuanto conoció la orden de Urbano II; la noticia, sin embargo, provocó entre los ermitaños que vivían con Bruno una gran desmoralización.

El tiempo urgía. Como sus compañeros estaban decididos a no continuar sin él su experiencia de Chartreuse, Bruno tenía que solucionar, antes de partir, la cuestión de la propiedad. De acuerdo con el obispo de Grenoble, Hugo, que tenía jurisdicción sobre las tierras de Chartreuse, se decidió que el dominio pasase a la abadía de Chaise-Dieu, representada por su abad Seguín.

Quizá sea este el momento en que Bruno mostró mayor grandeza de alma. Se trata de renunciar a aquello por lo cual lo había sacrificado todo, y de volver a encontrarse con lo que había abandonado. Aquella soledad conquistada al precio de tanta tenacidad, de tanta paciencia y tan conscientes renunciadas, aquella soledad en la que al fin había hallado respuesta a las más profundas aspiraciones de su alma, aquel puro amor de Dios, aquella experiencia espiritual que a todas luces parecía favorecida por el Señor y que prometía tan maravillosos frutos de santidad, todo aquello quedaba de pronto reducido a la nada por una orden del Papa. Y él tenía que partir hacia la corte romana donde volvería a encontrar en grado superlativo todas aquellas preocupaciones, peligros e intrigas que había tratado de evitar al salir de Reims.

Si al menos sus amigos, sus compañeros, estuvieran decididos a proseguir la experiencia cartujana o intentaran continuarla... Pero no, él se iba y ellos querían irse también. En el fondo de su sacrificio personal, el comprobar ahora de repente el vivo afecto que le tenía aquel pequeño grupo, pese a su magnífico esfuerzo de renuncia al mundo, debía de ser para Bruno una ocasión de humillación más que de consuelo. Así se encontraba ante un sacrificio total de su proyecto primitivo, por el que tanto había luchado, y esto a sus sesenta años.

Dios iba a enseñarle, y a enseñarnos por medio de su vida, que existe una soledad aún más profunda que la soledad del desierto... La soledad de la obediencia y del don de sí a aquellos que uno no ha escogido, sino que se los ha elegido el Señor: *“Otro te ceñirá y te llevará adonde tú no querías ir”*. La frase de Jesús a San Pedro se realizará en Bruno.

Pero he aquí que sus compañeros dispersos vuelven sobre sus pasos y, reflexionando mejor sobre los consejos de Bruno, empiezan a dudar de la sensatez de su decisión. Bruno y sus hijos vuelven a examinar su situación. Él, desde Roma, les seguirá siendo fiel y les ayudará con sus consejos y su amistad.

Ahora la situación cambia por completo. Se acepta el consejo de Bruno y se reagrupa la comunidad. Bruno le da un nuevo prior en la persona de Landuino. Pero entonces surge un problema muy grave: aquel grupo de ermitaños ya no es propietario de Chartreuse. Y este derecho de propiedad, que les asegura su subsistencia e independencia, es indispensable para vivir de nuevo su vocación. Bruno solicitó de Segúin la retrocesión de las tierras, paso que no dejaba de ser humillante para él. Aunque fuera segura su estabilidad personal en el plan trazado, el hecho de que el grupo se volviera atrás, podía parecer a los ojos de quienes conocían mal la vida de los ermitaños, un signo de inconstancia y una prueba de inseguridad con respecto al futuro de la fundación.

Bruno juzgó prudente que Urbano II interviniera en este asunto. La carta del Papa a Segúin, rebasaba en su alcance la simple transferencia de un derecho de propiedad. En realidad constituía la primera aprobación pontificia de los cartujos y afirmaba algo que siempre había parecido a Bruno esencial en su proyecto: la total independencia de sus ermitaños de cualquier patronazgo, fuera el que fuera: obispo, abadía o príncipe.

En el mes de septiembre de 1090 vemos, pues, restablecido en su primer estado el eremitorio de Chartreuse. Bruno está lejos, pero no ausente...Dentro de unos diez años podremos comprobar, por el contrario, el fervor, la unidad del grupo, la fidelidad de Landuino y la intensidad de la presencia invisible de Bruno entre sus hijos de Chartreuse.

El esfuerzo de Bruno por adaptarse al ritmo de vida de la corte pontificia parece haber sido leal. Es verdad que las circunstancias no eran muy favorables para tal adaptación; la difícil diplomacia de aquel tiempo, la guerra, el cisma, las intrigas, creaban un clima, un mundo en el que Bruno no llegaba a encajar. Y en el fondo de su corazón se dejaba sentir, tanto más vivo cuanto más lo contradecía la situación, el deseo de soledad y sosiego.

Bruno expuso a Urbano II su desasosiego y solicitó el permiso de abandonar de nuevo la corte para volver a su desierto. Pero Urbano II tenía entonces un delicado puesto que cubrir, el arzobispado de Reggio.

Debió de tener conversaciones francas e íntimas con el Papa, abriendo su alma y exponiendo sus deseos, sus aspiraciones, su camino, a aquél que tenía la misión de orientar su vida. Y Urbano, que podía mantener y confirmar su orden imponiendo a Bruno el episcopado bajo censuras eclesiásticas, reconoció al fin en su antiguo Maestro una vocación excepcional, un llamamiento particular, por lo que Rangier fue elegido para la sede de Reggio.

La decisión honraba tanto a Urbano II como a Bruno. Los dos se inclinaron ante esa realidad misteriosa, pero clara y real e imperiosa, que se llama vocación de Dios.

Hace unos meses Bruno había sacrificado su vocación de ermitaño a una llamada del Papa; ahora Urbano II sacrificaba su llamamiento ante una llamada superior descubierta en el alma de Bruno. A través de este sacrificio la Iglesia reconocía el valor eminente de la vida puramente contemplativa para su obra de Redención.

Su alma tendía a volver humildemente y con sencillez a aquel lugar donde había gustado la soledad y la paz del desierto durante seis años. Todo le llamaba hacia sus hijos de Chartreuse. Podía prever de antemano su alegría ante la noticia de su vuelta. Sin embargo, en su deseo de volver a Chartreuse, tropezó con la voluntad expresa de Urbano II: debía quedarse en Italia y, dada la conflictiva situación que existía con los normandos en el sur de la

península, no es aventurado pensar que el mismo Papa dirigiera los pasos de Bruno hacia Calabria.

* * * * *

Este hecho tuvo para la experiencia eremítica de Bruno una importancia considerable. La misma Chartreuse dará pruebas de estar tan profundamente impregnada del espíritu de Bruno que, el grupo de ermitaños, a pesar de su ausencia, puede vivir fervorosamente según su ideal.

Hemos visto al Santo dejar Sèche-Fontaine ansioso de una mayor soledad, hallar en la Cartuja un desierto donde se realizaba esta soledad en un grado único, permanecer allí seis años, y no salir de allí sino por obediencia. Le hemos visto renunciar al arzobispado de Reggio. Todos estos hechos hablan por sí mismos.

No cabe duda ninguna, Bruno no tiene otro deseo, una vez conseguido el permiso del Papa, que encontrar una soledad análoga a la de Chartreuse para vivir allí con Dios. Espera que la providencia le conducirá de nuevo hacia el desierto donde está su verdadera vocación. Desde su punto de vista, el problema es sencillo. Cuando "el Único necesario" se ha apoderado de un alma, todo se simplifica.

Soledad reconquistada en Calabria y muerte de San Bruno

Bruno se encuentra ahora con dificultades muy distintas de las de Chartreuse. En la primera Cartuja, la fundación le fue facilitada al máximo por Hugo de Grenoble, que comprendía su ideal hasta el punto de hacerlo suyo, apoyándole con toda su autoridad, y prodigándole sus consejos y ayuda. En cambio, en Calabria fueron los hombres más que la naturaleza los que entorpecieron su proyecto.

La decisión de Bruno de volver a la vida eremítica tuvo lugar en el momento en que Urbano II y el conde normando Rogerio procuraban darse muestras de una amistad inquebrantable. Por lo demás, la política de latinización de la vida monástica que inaugura el conde Rogerio en Calabria no es vista con malos ojos por la corte pontificia. En cuanto a Bruno, sólo le domina una idea: volver a

hallar en Calabria, en la medida en que las circunstancias se lo permitan, la soledad y la paz de que había gozado en Chartreuse.

El lugar donde Bruno instaló su nuevo eremitorio se llamaba Santa María de la Torre y, aunque solitario, no ofrecía a la soledad de los ermitaños las mismas defensas naturales que el macizo montañoso de Chartreuse. Es allí, sin embargo, donde se levanta el nuevo eremitorio y donde el Santo, con otros compañeros laicos y clérigos, vuelve a dedicarse a la vida puramente contemplativa.

No nos cabe la menor duda de que Bruno vivió y ayudó a vivir a los demás en Santa María de la Torre esta vida contemplativa ideal y concreta, apasionante y existencial. A pesar de la diferencia de lugares y circunstancias políticas, todo nos inclina a creer que, los diez años de Calabria fueron para él muy parecidos a los seis de Chartreuse: el mismo silencio, el mismo gusto por la soledad, el mismo celo por la vida contemplativa, la misma influencia espiritual en su comunidad, la misma sencillez y bondad, la misma caridad...

Pero Bruno guarda el recuerdo de la Cartuja lejana y vela por ella. Dios le reserva un gozo del cual se conservará para los cartujos un precioso testimonio: la visita, sobre el año 1099, del prior de Chartreuse, Landuino, y con esta ocasión, la carta "*ad fratres Cartusiæ*".

El viaje de Landuino nos atestigua que la comunidad de Chartreuse ha conservado un profundo afecto hacia Bruno y continúa viendo en él a su verdadero Padre.

* * * * *

Llega el año 1101 y los días del Santo se acaban. En la semana que precedió a su muerte, Bruno quiso hacer su profesión de fe, según costumbre muy extendida en aquella época.

Más que una profesión de fe, sus palabras son una profesión de amor. Bruno quiso morir en la Luz que había iluminado toda su vida.

El seis de octubre, domingo, su alma santa se separó de su cuerpo; era el seis de octubre del año del Señor 1101. Tenía algo más de setenta años, y hacía diecisiete que había fundado el eremitorio de Chartreuse.

La tranquila serenidad de esta muerte nos la atestigua la Carta encíclica que sus hijos de Calabria escribieron encabezando el Rollo de difuntos. Allí se ve también la unión profunda de todos los corazones en un mismo afecto hacia él.

Apenas se conoció la noticia de su muerte, la gente de Calabria e Italia corrió a venerar sus restos mortales. Se cuenta que los cartujos tuvieron que dejar expuesto tres días el cadáver antes de enterrarlo.

Después de su muerte Bruno recibió sepultura, como los demás ermitaños, en el cementerio de Santa María.

* * * * *

Por su carisma de fundador, San Bruno ha comunicado esta riqueza de vida sobrenatural a través de un doble canal, como maestro y como padre. Ambos caracteres se diferencian y se completan. El maestro enseña, el padre engendra; el maestro transmite ciencia, el padre vida, algo sustancial semejante a sí mismo; el maestro puede originar una tradición, el padre establece una herencia. El fundador influye de varios modos: por poseer las virtudes propias de la vocación que inicia, o por impulsar al seguimiento de Cristo, o por desarrollar en sí el carisma de la vocación.

Sus discípulos vieron en él a un hombre sabio, bondadoso, ejemplar, profundamente sencillo, lanzado él y arrastrando a los demás a la búsqueda de Dios. Auténtico formador que enseñaba lo que vivía. Así lo vio Guigo: *“Famoso por su religión y piedad, modelo de honradez, gravedad y total madurez”*. Y en la misma línea lo vieron sus sucesores, como dom Le Masson: *“Aunque no dejó forma escrita de vida..., fue modelo de solitarios..., suministró medios para avanzar en la caridad...y acelerar el seguimiento de Cristo sin mirar nunca atrás”*.

Pero también descubrían en él al padre, apelativo que con las nuevas generaciones de cartujos fue ganando en significación. Consecuentes con este uso monástico y reclamándolo la bondad innata de san Bruno, las primeras comunidades de Chartreuse y de Calabria lo llamaron Padre.

Hay que renunciar ciertamente a conocer con profundidad los sucesos de la vida de San Bruno. Pero tras estas líneas podemos sacar a la luz algunos rasgos de su fisonomía que nos aportan un conocimiento mucho más importante que el detalle de tal o cual dato de su "*curriculum vitæ*".

Hemos podido ver a San Bruno distinguido por su ciencia, amado por sus discípulos, incorruptible en un medio trabajado por la simonía y en un tiempo en el cual, aun los hombres rectos, se dejaban inducir a ciertos compromisos. Tranquilo, constante, de voluntad firme, sabiendo asumir sus responsabilidades llegada la hora. En fin, renunciando a todo y deshaciéndose por consagrarse enteramente a Dios en el momento en que hubiera podido alcanzar sin intriga ninguna las más altas dignidades, de las cuales todos le juzgaban capaz.

Al seguir paso a paso las peripecias de la lucha contra el arzobispo simoníaco, se desprende como rasgo principal esta honradez a toda prueba. Así, se puede confiar en los títulos fúnebres, cuyos autores han quedado visiblemente impresionados por este aspecto de la fisonomía de Bruno. Sus contemporáneos han visto en él un hombre "*justo y sincero*", "*un excelente varón*", que fue "*el honor del clero, íntegro de costumbres*", "*de una admirable probidad*", "*cuya piadosa vida iba realzada por su honradez*". Fue "*sencillo, puro, y lleno de amor de Dios*"... Ya en 1102, en la metropolitana de Reims, los canónigos con quienes había vivido lo calificaban de "*santo*".



Principales hechos de la vida de San Bruno con sus fechas aproximadas.

- 1030** Nace Bruno en Colonia, Alemania.
- 1056** Bruno es nombrado maestrescuela y canónigo de la catedral de Reims, Francia.
- 1068** Manasés de Gournay es nombrado arzobispo de Reims, accediendo a dicha sede por simonía.
- 1076** Manasés nombra a Bruno canciller, encargado por oficio de la composición, registro y expedición de los documentos oficiales de la curia arzobispal.
- 1077** Bruno dimite del cargo de canciller como protesta contra los abusos de poder mostrados por el arzobispo Manasés y su actitud de desobediencia al papa Gregorio VII. En septiembre del mismo año Concilio de Autun, en el que Manasés es destituido por primera vez.
- 1080** Concilio de Lyon a voluntad de Gregorio VII; el Papa destituye definitivamente al arzobispo Manasés y ordena su expulsión de Reims. Al volver Bruno del destierro, se le ofrece el arzobispado, pero rehúsa el cargo.
- 1082** Tras haber realizado un voto de abrazar la vida eremítica, Bruno se instala con dos amigos (Pedro y Lamberto) en el bosque de Sèche-Fontaine junto a la abadía benedictina de Molesmes.
- 1084** En búsqueda de una soledad más profunda, Bruno y seis compañeros guiados por Hugo, obispo de Grenoble, salen hacia el remoto y austero valle alpino de la Chartreuse.
- 1086** Se hace público en el sínodo diocesano de Grenoble la donación y cesión de derechos de los límites del valle de Chartreuse.
- 1088** Urbano II, antiguo alumno de Bruno, es elegido papa.
- 1090** Bruno es llamado a Roma como consejero del Papa; se le ofrece el arzobispado de Reggio pero rehúsa el cargo.
- 1091** Con la aprobación del Papa, Bruno se instala nuevamente en la soledad, esta vez en Calabria, Italia.
- 1096** Raúl es nombrado preboste del cabildo de Reims y diez años más tarde arzobispo de dicha ciudad.
- 1099** Viaja Landuino desde Chartreuse a Calabria.
- 1101** Bruno fallece en Calabria.
- 1514** León X autoriza a los cartujos el culto a San Bruno.
- 1623** Gregorio XV extendió el culto de San Bruno a toda la Iglesia.

Sobre San Bruno

Alma de San Bruno

Antes de adentrarnos en el alma de San Bruno, debemos tener en cuenta que los rasgos de su alma, no se dieron en síntesis y de una vez. Hubo en él un crecimiento dinámico, entretejido de purificaciones, llamadas del Espíritu y entregas del alma, del que sólo percibimos reflejos. En una primera etapa, los veinte años de magisterio, amplía su saber bíblico, y ejercita y aviva, con el caso de Manasés, su sentido eclesial. La persecución acrisola su amor. Una vehemente irrupción del Espíritu llamándolo al desierto y su generosa respuesta rematan esta fase. Sigue un segundo período de búsqueda de sitio y de forma de observancia monástica. Otra prueba trunca estos afanes, la llamada ineludible a Roma. Y una serie de íntimas renunciaciones, a Chartreuse, a Roma, a Reggio, van coronando y perfilando su carisma. En la última etapa vive con intensidad su vocación contemplativa y se prepara para la llamada definitiva a la Patria. Todos estos acontecimientos, fueron forjando su alma.

En este itinerario, una serie de notas personalísimas se fueron estructurando sobre tres grandes coordenadas. En la sabiduría descansa su vida contemplativa, la docilidad a la escuela del Espíritu Santo, su ponderación y equilibrio. En la bondad estriban su amor y fidelidad a Dios, la obediencia y el gozo, el culto litúrgico y otras manifestaciones cenobíticas. En la simplicidad se fundan la aspiración al Único necesario, el silencio y soledad eremíticos, la estabilidad y la pobreza.

Monje como tantos otros de su siglo, y más especialmente eremita como muchos, no busca en modo alguno una fórmula singular. Pero la vida monástica vivida por él ha recibido una tonalidad propia debida a las aspiraciones de su alma y a su temperamento personal, tonalidad que se ha conservado sin duda alguna como el sello característico de su Orden.

Soledad

Hemos visto aparecer ante nosotros, cada vez más claramente el amor de San Bruno hacia la soledad. Sabemos que pese a las llamadas que le han solicitado repetidas veces hacia la vida activa,

ha vuelto siempre a la vida contemplativa llevada en el yermo. El testimonio de su predilección por este género de vida se mostró en ciertas circunstancias con vigor excepcional.

Ante todo San Bruno ansía para su búsqueda del Señor un desierto lejos de los hombres. En la Cartuja, Dios le había deparado una soledad inaccesible. Escribirá a Raúl Le Verd: *“Cuánta utilidad y gozo divino traen la soledad y el silencio del yermo a quien los ama, sólo lo conoce quien lo haya experimentado...”*.

Aunque no poseyéramos otro texto, bastaría éste para caracterizar los atractivos de su alma. Al leer estas líneas se palpa que la soledad es para Bruno un elemento esencial de su vocación y el lugar de su encuentro con Dios.

Unas líneas más abajo, en la misma carta, Bruno repite las mismas ideas, casi las mismas palabras. Se trata de algo que lleva grabado en el corazón. El desierto engendra en quien a él se entrega, gozo y utilidad, pero de una calidad muy especial, por ser divinos. A sus ojos, el único verdadero gozo, la única utilidad digna de tal nombre es encontrar a Dios y dejarse transformar por Él. En términos apenas velados acaba de entregarnos su secreto; lo que añade luego, no hará más que precisar el modo cómo el desierto realiza su obra, transfigurando al hombre en imagen de Dios.

Si para Bruno, la "divina sabiduría" consiste en la unión con Dios en la vida contemplativa, la soledad es la escuela donde se vive bajo la dirección del Espíritu Santo que lleva a la consecución de esta divina filosofía.

Entre los distintos títulos fúnebres que ensalzan la soledad vivida por Bruno, podemos citar el número 54: "Se retiró a la soledad, y allí como suavísima fruta, esparció su aroma llamando hacia Cristo a los engañados por la vana gloria del mundo. Día y noche estaba atento a los preceptos del Señor, convertido en modelo de quienes llevan vida de soledad...".

Bruno fue sin duda ninguna, entre los solitarios de su siglo, uno de los que más se distinguió por su fidelidad a toda prueba al ideal de soledad.

Es un maestro en cuestión de soledad, pero se siente atraído a escrutar su dimensión espiritual, sin detenerse en la observancia exterior que implica, y que es evidente para él.

El primer sentimiento que surge de la pluma de Bruno, es que la auténtica soledad, la soledad estable y profunda, es un don totalmente gratuito de Dios.

La soledad es una gracia que hay que recibir con agradecimiento. No es una conquista de nuestra voluntad, por muy perseverante que sea. No es tampoco fruto de alguna técnica humana...

Bruno no vacilará en sacar esta conclusión: hemos de temer perder una dicha tan deseable, por la razón que sea, ya que nuestra alma sentirá un continuo pesar por su pérdida. La soledad, en especial la soledad interior, ésa que permite gozar en paz del sosiego y la seguridad, esa soledad, puede perderse...

El Santo no deja nunca presentir que para él la soledad sea rechazar a los demás, o elevar un muro entre él y sus hermanos, los hombres. Al contrario, lo sentimos muy atento a todas las dimensiones de la auténtica caridad.

Para atreverse a hablar de la soledad y del silencio del desierto, hay que haberlos afrontado y haberse enamorado de ellos. Para evocar la utilidad y gozo divinos que engendran, hay que haberlos saboreado.

Para adentrarse en el silencio del corazón y saborear su divina profundidad, hay que empezar por despojarse, y dejarse despojar, de todas las seguridades y apoyos a nuestro alcance, con los que contábamos espontáneamente. Hay que aprender a no tener más apoyo sólido que el mismo Dios. Esta actitud halla un modo de expresarse exteriormente cuando, bajo la acción de la gracia, eliminamos los objetos superfluos, y con el tiempo debe ir profundizándose hasta llegar a purificar nuestro corazón de todo deseo de

poseer a las criaturas o hasta el mismo Dios. Pero como ya hemos advertido, una soledad así es un don recibido y no se obtiene a base de ejercicios de fuerza de voluntad.

La breve historia de la vida del Santo nos ha mostrado al papa Urbano II aprobando su retorno a la soledad. Está, pues, Bruno en la soledad por llamamiento divino y por voluntad de la Iglesia. Su ministerio era el ministerio de la oración y cooperó más a los trabajos de Urbano II por la reforma de la Iglesia con la santidad de su vida de oración en el secreto de su celda que por los demás medios.

Conviene fijarse en este detalle de modo especial, porque después de San Bruno, será el punto fundamental de la doctrina de dom Guigo. La Orden Cartujana se caracteriza específicamente dentro de la Iglesia por su fidelidad a la vida contemplativa en soledad, libre de toda otra función. Cumple, pues, su papel en la vida del Cuerpo místico, papel exclusivamente espiritual.

Por eso San Bruno daba a sus hijos de la Cartuja la recomendación esencial de guardar intacta su soledad espiritual y material, y mantener vivo el fervor de su amor, preservándola de todo contacto que pudiera alterarla. Su vocación es amar a Dios, y sin volver al mundo han de difundir silenciosamente la vida divina en las almas.

Fidelidad

En la vida solitaria elegida por San Bruno, el alma permanece "bajo la dirección del Espíritu Santo", y uno de los frutos de la soledad es "la paz y el gozo en el Espíritu Santo".

En esta vocación todo es obra del amor. El recuerdo del amor de Dios se repite sin cesar, como un estribillo, en la pluma de san Bruno: "ardiendo en amor divino" hicieron voto los tres amigos. No hay que dejar languidecer este amor como lo ha hecho Raúl: "se resfrió el ánimo y se desvaneció nuestro fervor". Bruno no desconocía los dones naturales de su amigo, ni tampoco los servicios que puede prestar a la Iglesia. Raúl será más tarde un excelente arzobispo de Reims. Sin embargo, a los ojos de San Bruno la

vocación contemplativa, consagrada al amor del modo más exclusivo, conserva la primacía.

No ha acabado aún de mencionar el amor cuando vuelve a insistir de nuevo sobre él. Preferiría que fuese "el amor de Dios quien moviese a su amigo" a responder al llamamiento, antes que cualquier otro motivo.

Viviendo la vocación de soledad, en el silencio del desierto, "se adquiere aquel ojo cuya serena mirada hiere de amores al Esposo, y con cuya limpieza y puridad se ve a Dios".

Varios títulos fúnebres evocan el lugar del amor de Cristo en la vida de San Bruno:

"Bruno, honor del clero, honra y prudencia del mundo. Cuando andaba por estas tierras brillaba por la viveza de su inteligencia... Al dejarlas para ser compañero vuestro, ermitaño de vuestro yermo, abandonó por completo la carga de los honores, sin otra preocupación que el amor de Cristo."

"Ermitaño arrebatado de esta vida por la sed de Cristo... Beneficiaría a la fe de la Iglesia conocer su comportamiento".

Como hemos visto, Bruno siempre permaneció fiel a la llamada de Espíritu, pese a las dificultades. Nada le apartó de su vocación y en todo momento su alma ardía en espera de ver cumplida para siempre su llamada a la vida de soledad y silencio.

Desprendimiento - Simplicidad

El "Único necesario" es objeto de una búsqueda intensa de Bruno en la soledad. Se ha entregado a Dios ardiendo en amor. Ha renunciado a cuanto podía apartarle de su objetivo. Toda su vida de cartujo queda iluminada por la plenitud de esta orientación de su alma hacia la vocación contemplativa. Nada le detiene. Se le ve desprendido sucesivamente de su cátedra, del mundo y de los honores. Desprendido de su desprendimiento mismo, de su autoridad, e incluso -en cierto sentido- de aquella realidad viviente que su impulso espiritual dio a luz.

La posición de San Bruno en este punto es bien definida: la soledad, el desprendimiento absoluto por Dios, la abstención de toda irradiación de la actividad al exterior son los distintivos de la vida monástica querida por él. El alma permanece libre de todo contacto con el mundo, de cualquier ocupación o preocupación que no sea Dios sólo: virginidad espiritual.

En un silencio profundo de los cuidados de la tierra, un desprendimiento de todo apego. El alma del Santo está libre de todo, salvo de su amor; está plenamente unida a Dios.

Lo "útil" para San Bruno no está, pues, en el orden de la eficiencia externa, sino en el plano del amor. No es perseguir un fin humano, sino buscar a Dios. No es darse a la acción, sino a la contemplación. La grandeza del hombre no se mide por lo que hace, sino por lo que es, y su grado de ser depende de su grado de amor. Nada es para él más "útil" que entrar en la intimidad divina.

En la soledad y el silencio, su alma se eleva a Dios. Así gusta de comparar su vocación a un velar del alma, esperando con ansia al Señor.

Para caracterizar la vida que lleva con los suyos, usa de una imagen que simboliza y evoca lo esencial de su fisonomía: es la imagen del resguardado puerto, tranquilo y seguro. La imagen expresa en la mente de Bruno el retiro de la soledad, la paz de la vida contemplativa que aquí se lleva, y también la liberación del mundanal ruido y sus inquietudes.

La simplicidad que se desprende del estudio de la vida monástica según San Bruno no consiste tan sólo en la simplicidad de su fin y en la liberación de las complicaciones del mundo. Reside, ante todo, en que el Santo no ha propuesto "prácticas" particulares de santificación. Los textos donde ha expresado su pensamiento van enlazados por la sola perspectiva de la unión con Dios por la oración, unión que él ha realizado plenamente en su celda solitaria. Su vida está ordenada a buscar al mismo Dios con más intensidad en el hombre interior, encontrarle antes y poseerle con mayor perfección.

Si todas las cualidades naturales de San Bruno, perfeccionadas por la gracia, se resumen en la "*fuit æqualis vitæ*" (de ánimo siempre igual), todos los rasgos de su pensamiento monástico vienen a converger en el "puerto tranquilo y seguro" que le ofrece la soledad para buscar dentro de la simplicidad a Dios.

Firmeza - Estabilidad - Igualdad de ánimo

Tras las luchas en Reims y en todas las épocas de su vida, impresionada ver la firmeza de voluntad de Bruno y su constancia en el cumplimiento del deber, prudentemente reconocido. Esta estabilidad en el esfuerzo, una vez decidida la tarea a realizar, parece ser un rasgo distintivo de su temperamento, que se observa en todas las etapas.

Firme y estable aparece ante Manasés, y la misma firmeza muestra en la búsqueda de la soledad, en el retorno al desierto cuando se vio obligado abandonarlo, y en la fidelidad a la vocación contemplativa escogida. No se deja seducir por las necesidades activas cuando éstas se le ofrecen...

El tema que sostiene toda la carta a Raúl Le Verd es la estabilidad en la vocación. Bruno conjura a su amigo a que sea fiel a la decisión tomada hacía algún tiempo de consagrarse a Dios en la vida monástica. Los argumentos se apelo-tonan bajo su pluma. Todos convergen al mismo punto. A Bruno no se le oculta que la estabilidad requiere una gran fortaleza de espíritu. Es preciso no dejar desvanecerse el fervor. El antiguo adagio según el cual la soledad es la patria de los fuertes, lo emplea el Santo bajo una forma personal: "Aquí, en la soledad, pueden los hombres esforzados recogerse en su interior cuanto quieran... Aquí concede Dios a sus atletas, por los esfuerzos del combate, la ansiada recompensa..."

La estabilidad es, por tanto, para San Bruno un factor esencial de la vocación contemplativa en la soledad. Requiere quietud, perseverancia, continuidad en el esfuerzo. Pide almas lo bastante fuertes como para renunciar a la dispersión, para no tener necesidad de ser sostenidas por imágenes diversas de actividades externas renovadas a menudo, ya que la celda no ofrece otra ocupación fundamental que la aplicación a la oración.

Su unión con Dios se manifiesta principalmente por la igualdad de ánimo a través de todas las cosas; por el equilibrio en su vida donde existe una armonía entre razón que informa, y fe que ilumina; por una cordura que huye de los extremos, precisamente porque el exceso es rodeo y se pretende ir a Dios en línea recta. Esa estabilidad es la paz fuerte y suave que asegura el camino del alma y lo hace también seguro para los discípulos que suscitará su ejemplo y su amor.

En el curso de su vida, en Reims en particular, San Bruno debió de soportar tribulaciones poco comunes. No se dejó abatir por ellas. Otras veces se le ofrecieron grandes honores, que no le sedujeron. Durante su vida espiritual, tanto en los acontecimientos importantes como en las humildes ocupaciones en medio de las cuales le vieron vivir sus hijos durante varios años, permaneció siempre con igualdad de ánimo.

Cuando Dios se encuentra en el hombre, las tribulaciones no pueden quebrantar la estabilidad de su vocación. El hombre íntegro dirigido por la medida de la razón donde Dios habita, no se verá turbado. Aquí se ve cómo la igualdad de ánimo es una virtud, porque es Dios mismo quien la informa.

Si el alma de San Bruno no se dejó abatir nunca por las desgracias de la adversidad, ni ensoberbecer en la prosperidad, fue porque en definitiva todo lo refería a la gloria de Dios.

Cordura - Prudencia - Equilibrio

Hemos visto ya cómo San Bruno se ha mostrado plenamente enamorado del Señor por su elección de la soledad, su desprendimiento total, la pureza de su ideal, la firmeza de su propósito de dedicarse a la vida contemplativa. Podríamos esperar, sin duda, verle extremoso en el uso de los medios de ascesis por los que el alma sube a Dios. Pero, por el contrario, vamos a ver en él en la consecución de su ideal, una cordura, una ponderación, una medida en las austeridades verdaderamente notables. Estos rasgos, a nuestro modo de ver, son esenciales en él, tanto más, cuanto se apartan de los extremismos frecuentes en su época...

La persona de San Bruno respira serenidad y equilibrio humano. La austeridad, según él, ha de ir guiada por la razón. El Santo tiende a una vida llena de discreción, de cordura y prudencia; en una palabra, razonable. Y para él es éste un principio necesario en una vida austera, para perseverar en la observancia y para que el hombre no pierda la aptitud para esta observancia estricta. El alma debe dilatarse hacia Dios y no vivir en tensión por un esfuerzo demasiado rígido. La posición de San Bruno es bien clara.

Tacto - Bondad

No existía en él dureza, sino una firmeza mezclada con una abundante dosis de suavidad. Los monjes de Calabria que habían vivido bajo su gobierno anotaron cuidadosamente este detalle: *"...Siempre fue sencillo en sus palabras; a la firmeza de un padre unía el corazón de una madre. No fue dominador, sino manso como un cordero"*.

Armonizaba el ejercicio de la autoridad con la prudencia y la bondad. No es el asceta severo que jamás quisiera permitir una mitigación en la austeridad, ni el espiritual deshumanizado desconocedor de las flaquezas de la naturaleza humana, ni el superior rígido sin entrañas de compasión. Se interesa por los demás, por su equilibrio y por su salud. Los mismos principios encontramos en San Bruno a propósito de la corrección de faltas.

La mejor prueba del tacto y moderación de Bruno en el cargo de superior, es la afición cobrada por sus hijos hacia su persona, tanto en la Gran Cartuja como en Calabria. Lo prueban hechos irrecusables: *"vivían unidos a él por los lazos de un afecto verdaderamente familiar"*.

La carta a los monjes de la Gran Cartuja manifiesta una gran bondad en San Bruno. La bondad de nuestro santo parece haber impresionado de modo especial a sus contemporáneos, y quienes le habían tratado señalan esta característica de la bondad como muy típica en él.

Algunos de los títulos fúnebres nos aportan preciosos testimonios de las dotes de su corazón. Nos dicen que, además de la ciencia,

poseía esa influencia especial que cautiva y arrastra a las almas: *"Este Padre, ilustre fundador de una Orden monástica, se mostró siempre ejemplar a sus hermanos, y les enseñó a menospreciar la vileza de este mundo aspirando a las mercedes de la patria celestial. Creemos que no es necesario llorar por sus faltas; debe gozar ya del descanso de la gloria. Pues si algún santo ha merecido el descanso por su virtuosa vida, éste goza ya del eterno descanso por sus muchos méritos. De ilustre posición en nuestra urbe, era el sostén y el honor de los suyos. Sonreíale la fortuna y arrastraba tras de sí como nadie la estima de todos, por su bondad, su pericia en las artes, su elocuencia y su riqueza. Todo lo pospuso a Cristo y siguiéndolo despojado de todo, se retiró con otros al yermo"*.

"Este doctor tuvo tales dotes de corazón y de palabra, que sobrepasaba a todos los maestros del orbe. Reflexivo, bueno, elocuente en su expresión...".

Verdaderamente había algo en el corazón de Bruno que conquistaba las almas. Las dos cartas escritas desde Calabria reflejan la misma bondad. Allí explica San Bruno cómo amaba el Bien, honrar de toda bondad.

El verdadero sentido, en la mente de Bruno, de la exclamación *"Oh Bonitas"*, no es la bondad derramada por el Señor en las criaturas, mero reflejo o analogía de la suya. Tampoco se trata de la bondad tal como la representamos en nuestros pobres conceptos humanos, como una perfección perteneciente a Dios, pero distinta de Él, incapaces como somos de considerar como simple lo que en sí excluye toda composición. Para San Bruno la fórmula en toda su exactitud teológica es mucho más rica y profunda, es el mismo Dios, bondad por esencia.

Devoto de contemplar a Dios en este atributo, el Santo vino a convertirse en un reflejo de tal bondad. Si se le amaba tanto, si se menciona tanto su bondad, es porque la irradiaba como fruto de la plenitud de su unión con Dios.

Obediencia - Pobreza

Toda su vida ha sido un testimonio de su amor a la Iglesia y de su obediencia a las directrices de los Sumos Pontífices. En Reims, se muestra plenamente este espíritu de sumisión en las luchas contra el arzobispo simoníaco. Más tarde, hallaremos en Bruno el mismo amor a la Iglesia en su obediencia a la llamada del Sumo Pontífice a Roma, y, en su lecho de muerte, volveremos a encontrarla en su hermosa profesión de fe.

Esta obediencia por él practicada la quiere también para sus hijos. Al conocer por relación de Landuino la perfección en la obediencia de los conversos de la Gran Cartuja, noticia que le causó gran gozo, toma de ahí ocasión para exponer sus puntos de vista sobre el particular. Para él la obediencia es la clave de bóveda en la vida monástica. El Santo deja entrever al mismo tiempo los esfuerzos que semejante virtud exige y los frutos que produce si va informada por el amor.

Quiere que todas las cosas vayan ordenadas con regla y medida, y para conseguirlo concede a la obediencia el derecho de inspeccionarlo todo. Textos, directrices suyas, sucesos de su vida, todo converge hacia un fin de ponderación y buen sentido. Más tarde, se verá a Dom Guigo tomar las mismas posiciones exactamente que San Bruno y sobre las mismas bases. Someterá cuidadosamente a la obediencia la vida toda del solitario.

Reuniendo los distintos textos que poseemos, tendremos una vista panorámica sobre el sentir de Bruno en materia de obediencia. Conjunto armónico, lleno de equilibrio y buen sentido, exigente y estimulante al mismo tiempo, e impregnado de bondad. Nos conviene retener en resumen esta perspectiva de una obediencia que, animada de un torrente de fervor, conduce a la libertad y al gozo.

Ya hemos advertido en San Bruno un maravilloso espíritu de desprendimiento. Este espíritu se manifiesta en particular con respecto a los bienes materiales.

El cargo ejercido por él en Reims llevaba consigo honores y riquezas temporales. El abandono de estas riquezas parece haber cau-

sado honda impresión en la ciudad de Reims: *"Todo lo despreció, y, pobre, se adhirió a Cristo. Prefirió vivir pobre por Cristo que rico para el mundo, cumpliendo en su integridad los preceptos divinos"*.

Este título fúnebre de Reims tiene un valor excepcional por estar allí bien informados de la vida del Santo.

Después de haberlo dejado todo en Reims, Bruno vivió en Sèche-Fontaine instalado muy pobremente al parecer, ya que no se construyó allí nada estable sino después de su partida. En la Cartuja, la pobreza era mucho más estrecha. Al llegar no había nada; los recursos eran casi nulos y el clima duro. Más tarde le ofrecieron la vida en la corte romana, un arzobispado, puestos honoríficos... No aceptó ninguno y se fue a instalar en un lugar donde no había nada. El recuerdo de los sucesos ocurridos en Reims permaneció en él tan vivo como el primer día; el mismo horror a la riqueza, la misma certeza de que el exceso de bienes materiales es un grave obstáculo para la donación total del alma a Dios.

En Chartreuse y en Calabria aceptó, sin embargo, las tierras y bienes necesarios para salvaguardar la soledad y la vida contemplativa, porque su prudencia le dictaba que todo esto era indispensable.

Hay que añadir que San Bruno no ha establecido una doctrina sobre la pobreza tal como él la entendía; no se ocupó de la pobreza en cuanto tal. Ésta se vio implicada necesariamente en su elección de una soledad consagrada exclusivamente a Dios, en un lugar alejado de toda vivienda humana. Para una vida contemplativa de este tipo, se necesita tener un alma libre realmente de cualquier apego. Todos los sucesos de la vida de San Bruno muestran cómo se iba despojando cada vez más de los bienes materiales para alcanzar una liberación mayor, para vivir en la soledad una vida espiritual más pura. Sabemos ya que él quería practicar la obediencia por amor a la libertad. Del mismo modo su pobreza es una liberación para darse al Señor. Es éste un carácter común de la pobreza para todo monje, pero en Bruno tal carácter está marcado con un relieve especial a causa de la vida puramente contemplativa que él se propone.

Alegría

Los religiosos de Calabria señalaron un rasgo especial de la fisonomía de su Padre Bruno: *"Siempre estaba con cara alegre..."*.

Tocamos aquí, al parecer, un punto esencial en la actitud espiritual de nuestro Santo: alegría, acción de gracias. La carta a los monjes de la Cartuja desborda en estos sentimientos:

"Alegraos, pues, mis carísimos hermanos, por vuestra dichosa suerte y por la liberal mano de la gracia de Dios para con vosotros... Alegraos por haber alcanzado el reposo tranquilo y seguro del más resguardado puerto, que no se ha concedido a otros muchos pese a sus deseos y esfuerzos".

No está ausente tampoco el tema del gozo espiritual en la carta a Raúl Le Verd. El pensamiento de las alegrías de la gloria eterna ha traído a San Bruno al desierto, donde ha encontrado "el gozo del Espíritu Santo".

Para él, la vida de soledad en Dios se desarrolla ambientada en un profundo gozo del alma. Esta vocación, indudablemente, se ve privada de muchas satisfacciones que serían legítimas en otras formas de vida; se mantiene de la fe sin estimulantes exteriores; puede atravesar por momentos de cruz y por horas grises. Pero está en posesión del mayor gozo que puede existir: vivir consagrado exclusivamente a dar gloria a Dios.

* * * * *

Amor a la soledad, consagración total a Dios dedicándose al Único necesario, firmeza de voluntad, estabilidad; y también cordura, prudencia, equilibrio humano; naturaleza inclinada a la amistad y a la bondad, suavidad en las relaciones con sus inferiores; en fin, sólidas virtudes espirituales todos estos rasgos se funden en un conjunto armonioso que se manifiesta por la igualdad de ánimo de San Bruno entre los suyos. La raíz de todo ello está en la intimidad que tuvo siempre el Santo con Cristo...

Podemos concluir diciendo que de su persona emanaba un sello característico. Inspiraba confianza. Tanta bondad, tanto equilibrio, tan gran deseo de buscar a Dios con amor absoluto y total, fascinó hace novecientos años a sus seis compañeros y sigue fascinando a las puertas del 2000 a muchas almas.

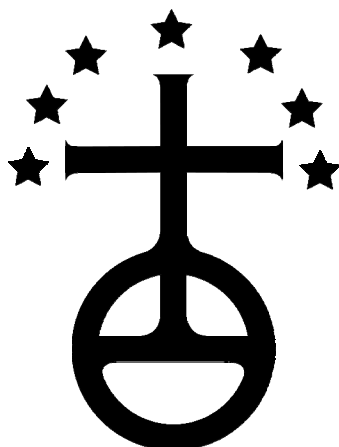
Maestro de gran penetración, luz y guía en el camino que conduce a las cumbres de la sabiduría. Fuente de doctrina, perla de sabiduría, ejemplo de bondad. Bruno no sólo suscitaba admiración, sino que conquistaba simpatías y amistades.

Hombre de gran rectitud y elevación moral innegables con una admirable fuerza de carácter para proseguir hasta el fin, pase lo que pase, lo que juzga ser la voluntad de Dios con respecto a él. Ni las dificultades, ni las amenazas, ni los abandonos llegarán a apartarle de un proyecto cuando en su alma y en su conciencia juzga que es la voluntad de Dios.

A la bondad se añade la prudencia, prudencia en la palabra, en los consejos, en su conducta.

Sencillez y humildad de alma, bondad, desprendimiento, gran honradez, que le adquirió fama de integridad, rectitud y equilibrio, de fidelidad y lealtad que ninguna prueba logró poner en duda.

Podemos decir que fue un alma totalmente entregada al amor de Dios, y que sólo vivió para Dios y los demás.



Cartas

A Raúl le Verd
Preboste del capítulo de Reims



AL VENERABLE SEÑOR RAÚL,
PREBOSTE DE REIMS,
ENVÍA BRUNO SUS SALUDOS,
CON UN ESPÍRITU DE CARIDAD MUY PURO.

Brilla en ti la fidelidad a una antigua e inquebrantable amistad, tanto más admirable y digna de elogios cuanto más rara es encontrarla entre los hombres. A pesar de la distancia y el tiempo que han separado nuestros cuerpos, jamás tu afecto se ha separado de su amigo. Lo atestigua la extrema amabilidad de tus cartas en las que me repites lo entrañable de tu amistad, los numerosos favores que me has prestado a mí y al hermano Bernardo por mi causa, y otras muchas atenciones. Mi agradecimiento no está, por cierto a la altura de lo que tú mereces, pero brota de la fuente límpida del amor, en pago a tanta bondad.

Un viajero, bastante de fiar en otras ocasiones, salió hace tiempo de aquí llevando una carta que a ti yo te dirigía. Como no ha regresado, me parece justo enviar a uno de los nuestros para que ponga al corriente a tu caridad de mi existencia. Por escrito no me sería posible explicarlo extensamente; de viva voz, él lo hará con todo detalle.

Sepa tu dignidad -y sin duda no te será indiferente- que la salud de mi cuerpo es buena (ojala lo fuera también la del alma), y que lo concerniente a los asuntos exteriores va todo bien. Pero, en verdad, estoy esperando con insistente oración, un gesto de la divina misericordia que sane mis miserias interiores y colme mi anhelo.

Estoy en Calabria con otros hermanos, hombres religiosos, algunos muy cultos, que montan fielmente una guardia santa, espe-

rando el regreso de su Señor para abrirle apenas llame. Vivo en un desierto, alejado de poblado por todas partes. ¿Cómo hablar de modo adecuado de su encanto, de su aire sano y templado, de la vasta y graciosa llanura que se extiende ente los montes, con sus verdes prados y sus pastos en flor? ¿Quién se atrevería a describir la perspectiva de las colinas que se elevan suavemente por doquier, el retiro de los valles umbríos donde abundan ríos, arroyos y manantiales? Sin contar las huertas de regadío y los vergeles de variados árboles.

Mas, ¿por qué detenerme en estas cosas? Otros son los placeres del sabio, infinitamente más agradables y útiles, porque divinos. Sin embargo, cuando el rigor de la disciplina regular y los ejercicios espirituales fatigan al frágil espíritu, éste suele encontrar solaz y descanso en tales deleites. En efecto, el arco siempre tenso, pierde su fuerza y ya no sirve más.

Cuánta utilidad y gozo divinos aportan la soledad y silencio del desierto a sus enamorados, sólo lo saben quienes lo han saboreado.

Aquí los hombres ardientes pueden, siempre que lo desean, entrar y permanecer en su interior; hacer germinar vigorosamente las virtudes y alimentarse con fruición de los frutos del paraíso.

Aquí se busca activamente aquel ojo cuya límpida mirada hiere al Esposo de amor, el amor puro y transparente que ve a Dios.

Aquí nos acucia un descanso muy ocupado y nos inmovilizamos en una tranquila actividad.

Aquí, por el esfuerzo del combate, concede Dios a sus atletas la esperada recompensa: la paz que el mundo ignora y el gozo en el Espíritu Santo.

Esta es la bella Raquel, tan graciosa, preferida de Jacob aunque le diera menos hijos que Lía, más fecunda pero de ojos apagados. En efecto, los hijos de la contemplación son menos numerosos que los de la acción; pero José y Benjamín son preferidos por su padre a todos sus hermanos.

Esta es la mejor parte escogida por María y que no le será quitada. Esta es la hermosa Sunamita, única doncella elegida en todo Israel, para estrechar en su seno y dar calor al anciano David.

Y tú, hermano mío queridísimo, ¡ojalá la ames sobre todas las cosas, para que prendido en sus abrazos ardas de amor divino! Si naciera en tu alma el cariño por ella, pronto te hastiaría esa seductora y mentirosa halagadora que es la gloria del mundo, rechazarías sin esfuerzo las riquezas cargadas de abrumadoras preocupaciones para el espíritu, y te repugnarían los placeres, tan nocivos al cuerpo como al alma.

Tu prudencia no te permite ignorar quién es el que dijo: "Quien ama al mundo y todo lo que hay en el mundo —es decir, el placer de la carne, los ojos insaciables y la ambición— no lleva dentro el amor del Padre". Y también: "Quien es amigo del mundo, se convierte en enemigo de Dios". Entonces, ¿existe peor desorden, comparable manifestación de un espíritu desviado y degenerado, actitud más funesta y lamentable que erigirse contra aquél cuyo poder es irresistible o cuya justicia se cumple inexorablemente, pretendiendo declararle guerra? ¿Somos acaso más fuertes que Él? Hoy su bondad nos invita, sin desalentarse, a la penitencia, pero ¿quiere eso decir que no acabará por castigar la injuria que cometemos al despreciarle? ¿Hay algo más contrario y más opuesto a la razón, a la justicia y a la misma naturaleza, que amar más a la criatura que al Creador, que buscar los bienes pasajeros más que los eternos, las cosas de la tierra más que las del cielo?

¿Qué hacer entonces, carísimo? ¿Qué hacer sino creer los consejos divinos, creer a la Verdad que no puede engañar? Ella da esta advertencia a todos: "*Venid a mí todos los que andáis cargados y agobiados y yo os aliviaré*". ¿Y no es una carga terrible e inútil estar atormentado por sus deseos, verse sin cesar maltrecho por las preocupaciones y angustias, por el temor y dolor que engendran tales deseos? ¿Hay carga más abrumadora que aquella cuyo peso, con la mayor injusticia, precipita al alma de la cima de su sublime dignidad hasta lo hondo de la sima? Huye, hermano mío, huye pues de estas turbaciones e inquietudes y pasa de la tempestad de este mundo al reposo y a la seguridad del puerto.

Conocido es de tu prudencia lo que la misma Sabiduría nos dice: *“Quien no renuncia a cuanto posee, no puede ser discípulo mío”*. Cuán hermoso, útil y agradable es frecuentar su escuela, bajo la dirección del Espíritu Santo, para aprender la divina filosofía, única a hacernos verdaderamente felices, ¿quién no lo ve?

Para ti, pues, es de la mayor importancia examinar tu situación con la máxima discreción y prudencia. Y si el amor de Dios no te atrae, si el atractivo de tales recompensas no te conmueve, déjate al menos obligar por el temor de un castigo ineludible.

Bien sabes qué compromiso te ata, y a quién. Poderoso y temible es aquél a quien has hecho voto de entregarte como ofrenda agradable a sus ojos: no tienes derecho a faltarle a la palabra dada, y ni siquiera a ti te interesa hacerlo, pues no soporta que, impunemente, se burlen de Él.

Acuérdate, amigo mío querido: nos hallábamos un día los dos, junto con Fulcuyo el Tuerto, en el jardincillo contiguo a la casa de Adam, en la que por entonces me hospedaba. Los placeres engañosos, las riquezas perecederas de este mundo y las alegrías de la gloria sin término, me parece que ocuparon un rato la conversación. Entonces, inflamados de amor divino, prometimos e hicimos voto de abandonar sin tardanza el siglo fugitivo, para ir en búsqueda de las realidades eternas y recibir el hábito monástico. Todo lo hubiéramos cumplido rápidamente si Fulcuyo no hubiera marchado entonces a Roma; dejamos ejecutarlo a su regreso. Se retrasó, intervinieron otros motivos; se enfriaron los ánimos; el fervor se disipó.

¿Qué hacer entonces, carísimo, sino librarte cuanto antes de tal deuda, si no quieres incurrir en la cólera del Todopoderoso y por lo mismo en atroces suplicios, en castigo a esa tan grave y prolongada falta de palabra? ¿Qué poderoso de este mundo dejaría impunemente a uno de sus súbditos defraudarle un don que le hubiera prometido, sobre todo si lo considera de valor excepcional? Por tanto, presta atención no a mis palabras sino a las del profeta, o mejor dicho a las del Espíritu Santo: *“Haced votos al Señor vuestro Dios y cumplirlos, todos los que a su alrededor traéis ofrendas: Él infunde terror, Él deja sin aliento a los prín-*

cipes, Él infunde terror a los reyes del orbe". Oyes al Señor, oyes a tu Dios, oyes a aquél que infunde terror, oyes al que infunde terror a los reyes del orbe. ¿A qué viene tal insistencia del Espíritu Santo, si no a urgirte que cumplas el voto que has prometido? ¿Por qué cumplir con pesar, lo que no acarreará ni pérdida ni disminución de tus bienes? Tú serás quién hallarás las máximas ventajas y no aquél a quien entregues lo que le es debido.

No te retengan, pues, las riquezas engañosas incapaces de remediar la miseria, ni el brillo del cargo de preboste que no puede ejercerse sin poner el alma en grave peligro.

Te encuentras ahora constituido administrador de los bienes ajenos y no su propietario. Si los empleas para tu uso personal —no te irriten mis palabras— haces algo tan odioso como injusto. Si el lujo y el fasto te atraen y mantienes un gran tren de vida, ¿no te verás obligado a suplir la escasez de bienes adquiridos honradamente, encontrando el modo de quitar a unos lo que ofrezcas a otros? Y esto no es hacer el bien ni ser generoso, pues no hay nada generoso si no es también justo.

Quisiera que tu dilección se convenciera todavía de otra cosa. Monseñor el Arzobispo pone gran confianza en tus consejos y se apoya gustoso en ellos. Es fácil dar consejos, aunque no todos sean justos o útiles, y la idea de los servicios que le prestas no debe impedirte dar a Dios el amor que le debes. Ese amor, cuanto más justo es, tanto es más útil.

Sí: ¿hay algo más justo y más útil, o mejor dicho, hay algo tan hondamente arraigado y tan plenamente adaptado a la naturaleza humana como amar el bien? ¿Y hay otro ser, fuera de Dios, cuya bondad pueda compararse a la suya? ¿Qué digo: hay otro bien fuera de Dios sólo?

Por eso, ante ese bien cuyo incomparable fulgor, esplendor y hermosura se presienten, el alma santa se abrasa en el fuego del amor: *“Con todo mi ser —exclama— tengo sed del Dios fuerte, del Dios vivo; ¿cuándo iré, pues, a ver el rostro de Dios?”*

¡Ojala, hermano, no desdeñes esta amigable reconvención! ¡Ojala no hagas oídos sordos a las palabras del Espíritu Santo! ¡Ojala, amadísimo, satisfagas mi deseo y mi larga espera! Cese en mi alma el tormento de las inquietudes, preocupaciones y temores que siente por ti. Pues si te ocurriera -Dios te libre- dejar esta vida antes de cumplir tu voto, me dejarías sumido en una continua tristeza, sin el consuelo de esperanza alguna, desgarrado.

Por tanto, quisiera doblegarte con mis insistencias: con motivo, por ejemplo, de una peregrinación a San Nicolás, ten la condescendencia de venir a verme. Verás a aquél que te ama con un amor sin igual. Podremos conversar de viva voz de nuestros comunes intereses. Confío en el Señor que no te pesará afrontar las molestias de tal viaje.

He traspasado los límites corrientes de una carta: no pudiendo tenerte a mi lado, he permanecido al menos mucho tiempo contigo al hablarte.

Guárdate de todo mal, hermano mío, vela por tu salud y no olvides mi consejo. Tal es mi más ardiente deseo.

Te suplico que me envíes la vida de San Remigio, ya que es imposible encontrarla por estos contornos.

Adiós.



A sus hijos de Chartreuse



FRAY BRUNO,
SALUDA EN EL SEÑOR,
A SUS HIJOS ARDIENTEMENTE AMADOS EN CRISTO.

Me he enterado del inflexible rigor de vuestra observancia razonable y digna de todo elogio, gracias al detallado y consolador relato que me ha hecho nuestro tan afortunado hermano Landuino; le he escuchado contarme vuestro santo amor y vuestro incansable celo por la pureza de corazón y la virtud. Por este motivo, mi espíritu exulta en el Señor.

Sí, exulto y me siento impulsado a alabar y a dar gracias al Señor; y sin embargo, suspiro amargamente. Exulto, como es debido, al ver crecer y fructificar vuestras virtudes; pero sufro y me avergüenzo de permanecer estéril y negligente, postrado en el oprobio de mis pecados.

Alegraos, pues, mis carísimos hermanos, por vuestra feliz suerte y por la abundancia de gracias que Dios ha prodigado en vosotros.

Alegraos de haber escapado de las tumultuosas aguas del mundo, y de todos sus peligros y naufragios.

Alegraos de haber llegado a poseer el sosiego y la seguridad, anclando en el más resguardado puerto.

Muchos son los que quisieran arribar a él; muchos, incluso, se esfuerzan por alcanzarlo, sin lograrlo; muchos, en fin, después de haberlo conseguido, no son admitidos, porque a ninguno se lo había concedido el cielo.

Por tanto, hermanos míos, estar seguros y convencidos: quien ha gozado de esta dicha tan deseable y luego la pierde, por la razón

que sea, sentirá un continuo pesar, si tiene algún interés por el bien de su alma.

De vosotros, mis amados hermanos laicos, digo: "Mi alma glorifica al Señor", pues veo su inconmensurable misericordia descansar sobre vosotros, al oír hablar a vuestro amantísimo Padre y Prior, que tanto se gloria y se goza de vosotros.

También yo rebose alegría, viendo que en vosotros, que no sabéis leer ni escribir, el Dios Todopoderoso escribe con su dedo, en vuestros corazones, el amor y el conocimiento de su santa ley. Sí; demostráis con vuestras obras lo que amáis y lo que conocéis, cuando practicáis con tanta prudencia y generosidad la verdadera obediencia. Es entonces, cosa evidente, que sabéis recoger el fruto infinitamente suave y vital de lo que Dios escribe en vosotros.

Esa verdadera obediencia que practicáis, es el cumplimiento de los quereres de Dios; al mismo tiempo abre acceso a la sumisión completa según el Espíritu, de la que es signo distintivo. No puede existir sin mucha humildad y una excepcional abnegación. Le acompaña siempre un amor muy puro del Señor y una auténtica caridad hacia los demás.

Permanecer, pues, hermanos míos, donde habéis llegado, y huir como de la peste de esa pandilla malsana de laicos inconsistentes. Difunden por todas partes sus escritos, musitando cosas que ni comprenden ni aman y a las que contradicen con sus palabras y sus obras. Ociosos y giróvagos, se constituyen en detractores de quien lleve una vida religiosa y buena. Se creen dignos de elogio si difaman a quienes lo merecen, ellos a quienes la obediencia y cualquier disciplina les resulta odiosa.

Quise retener conmigo al hermano Landuino a causa de sus graves y muchas enfermedades. Pero para él es imposible recuperar la salud, la alegría, la vida o algo que valga la pena, estando lejos de vosotros, y no ha aceptado. Sus abundantes lágrimas por vosotros, sus reiterados suspiros testimonian elocuentemente lo mucho que contáis para él, y el amor inquebrantable que os profesa a todos. Por eso no he querido forzarle para no herir a nadie: ni a él ni a vosotros, que me sois tan queridos por vuestras virtudes.

Pero entonces, hermanos, os advierto con toda franqueza, os suplico e insisto: manifestad en actos el amor que encerráis en vuestro corazón por él, vuestro Prior y Padre amadísimo. Con delicadeza y atención, procurarle todo cuanto exigen sus diversas enfermedades.

Es posible que rechace esos afectuosos servicios, prefiriendo comprometer su salud y su vida antes que faltar en algo al rigor de la observancia. Pero no es cuestión de aceptar eso. Tal vez se avergüence, él, el primero de la comunidad, al verse el último en este punto y tema que por su culpa alguno caiga en la relajación; pero a mi juicio, no hay nada que temer en este sentido.

No queriendo, sin embargo, que quedéis privados de esta gracia, os autorizo a hacer mis veces, de modo que podáis obligarle, respetuosamente, a aceptar lo que dispongáis para su salud.

En cuanto a mí, hermanos, tenedlo bien presente: después de Dios no tengo más que un deseo, ir a veros. Y en cuanto pueda lo realizaré con la ayuda de Dios.

Adiós.



Comentario de las cartas

Estas dos cartas son las únicas que conservamos y datan de los últimos años de Bruno cuando disfrutaba de la soledad en Calabria. La carta a Raúl le Verd está fechada entre 1096 y 1101 — siempre con cierta aproximación— y la carta a Chartreuse entre 1099 y 1100.

En ambas podemos observar que se expresa libremente, con toda nitidez. Con Raúl usará un estilo más literario, más pulido, un tanto convencional y erudito; con sus hermanos de Chartreuse hablará con toda sencillez, en un lenguaje cordial y directo. Pero las dos son de una sinceridad y una apertura de alma conmovedoras. Nos descubren en una luz discreta, tamizada, pero maravillosa, el alma profunda de Bruno al final de su vida, y casi al término de su experiencia de la vida puramente contemplativa.

Como ya hemos mencionado con anterioridad, Raúl era uno de los dos amigos con quienes Bruno, en el jardín de Adam, había hecho voto de abandonar el mundo y abrazar la vida monástica.

Los años habían pasado. Bruno había cumplido su voto, y Raúl había vuelto a Reims y vivía allí. La amistad entre Bruno y Raúl no se enfrió. Según nos dice el mismo Bruno, Raúl le había escrito cartas encantadoras dándole delicadas muestras de amistad.

Su amistad está enraizada en Dios. Por eso se inquieta por el futuro espiritual de su amigo. Raúl había hecho años atrás un voto preciso, formal, y no lo había cumplido. No estaba en regla con Dios. En este supuesto, Bruno expone a Raúl la gravedad de su situación, con energía y a veces quizá con rudeza, pero siempre con mucho tacto.

Es de notar, que la trama de esta carta la constituye el amor de Dios. Sólo el amor de Dios explica y justifica, por decirlo así, la vida contemplativa. Pero no un amor de Dios vivido de modo vulgar, sino un amor de Dios ferviente, abrasador. Un amor excepcional como el que en otro tiempo infundiera el Espíritu Santo en el corazón de los tres amigos reunidos en el jardín de Adam.

Al conjurar a su amigo, tiene el convencimiento de no ser más que el intérprete del Espíritu Santo que urge a Raúl en su interior.

Aquí se funda la esencia, la actitud fundamental de esta vocación contemplativa. El contemplativo según San Bruno, es aquel que vive la visión cara a cara de la eternidad, al menos como preludeo y esperanza. Espera y posesión actual, deseo y gozo, lucha y recompensa, desierto y al mismo tiempo vergel, tal es la vocación puramente contemplativa según él.

Llegamos a una idea fundamental para Bruno: la idea de "quies", de reposo o sosiego. Idea central en la concepción cartujana de la vida contemplativa. Este reposo es el fruto de la fe, la esperanza y el amor, incluyendo una buena dosis de prudencia, equilibrio, bondad, paciencia, virginidad espiritual. "Quietus" será el epíteto privilegiado para calificar "el puerto de la vida monástica", tanto en la carta a Raúl Le Verd, como en la escrita a la comunidad de Chartreuse.

Este reposo no es confort, seguridad, inmovilidad, pasividad. Es un reposo activo, dinámico, anticipación del reposo divino que la contemplación de Dios dará al alma en la eternidad.

Es indudable que, en su carta a Raúl Le Verd, Bruno ha conseguido animar todo lo que dice con el fervor de su amor a Dios, de su alegría espiritual y de su amistad a Raúl. Todo su corazón se vuelca en sus palabras; cuanto dice, lo piensa, lo siente y lo vive.

En esta carta a Raúl, destaca un hecho central: la exhortación a seguir la vocación monástica, con los motivos entonces alegados, las dificultades posibles y los sentimientos que surgían en quienes trataban de retirarse del desierto.

Bruno, deseoso de conmover el corazón de su viejo amigo, deja la palabra a su propio corazón. La carta está escrita bajo la perspectiva de una sutil alternancia entre la evocación de las inexorables exigencias de la justicia del Todopoderoso, y la descripción de cuanto de seductor encierra una vida por entero consagrada a Dios.

Cuando toca este segundo tema, es evidente que no hace retórica. En términos apenas velados, dice que él ha vivido lo que continúa viviendo en el momento preciso en que escribe.

Tras una lectura atenta de la carta a Raúl Le Verd, como a sus hermanos de Chartreuse, la primera impresión que se tiene es de hallarse ante un alma ardiente, rebosando sensibilidad espiritual.

La carta a Raúl, en su conjunto, presenta a Bruno animado de un cariño inagotable hacia el amigo de los viejos tiempos, pese a los años y a la distancia. Pero cuando empieza a hablar de las cosas de Dios, no le es posible contener su emoción.

Sin embargo, no es un sentimental que se deje llevar por impresiones superficiales. Bruno es un hombre práctico. Para él la vida contemplativa no consiste en fomentar interminables ideas sublimes; se trata de tomar los medios eficaces para llegar hasta Dios. Es muy consciente que su soledad es el lugar donde "se vive un ocio activo, se reposa en una sosegada actividad". La carta a Raúl, está por entero construida de acuerdo con ese esquema de su pensamiento.

Bruno ha quedado definitivamente seducido por la Belleza, por la Bondad increada en la que encuentra la plenitud de la paz, y no puede comprender la situación de desgarramiento interior de su amigo.

* * * * *

Por una suerte felicísima, nos ha llegado hasta nosotros otra carta de San Bruno, dirigida a la comunidad de Chartreuse. Carta preciosa en sí misma y muy acorde con la escrita a Raúl Le Verd.

Por añadidura, las circunstancias en que fue escrita y transmitida le dan una conmovedora significación. No es extraño que los primeros cartujos la consideraran como el último testamento de Bruno a sus hijos de Chartreuse y, al mismo tiempo, como el supremo testimonio, sellado por la muerte de Landuino, de la vinculación de la Gran Cartuja a Bruno.

Landuino partió llevando consigo una carta de Bruno para la comunidad de Chartreuse. Pero he aquí que, al subir hacia el norte de Italia, Landuino cayó en manos de los partidarios del antipapa. Fue amenazado, le tuvieron varios meses prisionero... Cuando fue

puesto en libertad, estaba tan debilitado que no pudo seguir su camino. Se refugió en el monasterio cercano de San Andrés donde murió el catorce de septiembre de 1100, siete días después de su liberación.

A pesar de todo, la carta de Bruno a sus hijos de Chartreuse llegó a su destino, ya porque uno de los compañeros de viaje de Landuino escapara de los partidarios del antipapa Guiberto, ya porque Landuino la confiara a algún mensajero antes de morir.

Podemos imaginar con qué veneración recibirían los ermitaños de Chartreuse este mensaje, tan precioso para ellos por doble motivo.

En esta carta a la comunidad de Chartreuse, más breve, más familiar y menos cuidada que la escrita a Raúl Le Verd, los temas se reducen con frecuencia a pequeñas indicaciones, por lo que hay que estar tanto más atento para captarlas. Es esencialmente una carta de alegría, de alabanza al Señor, de acción de gracias.

Bastaría la breve carta a sus hermanos de Chartreuse, para transmitirnos toda la enseñanza explícita que debemos recibir de él.

Esta carta hace campear ante nuestros ojos la figura de un monje de rasgos vigorosos y de corazón inmenso. Enamorado perdidamente de Dios y de sus hermanos, llega hasta olvidarse de sí mismo. Su amor a Dios le remite a sus hermanos; el cariño hacia sus hermanos le hace descubrir en ellos un nuevo rostro del Señor.

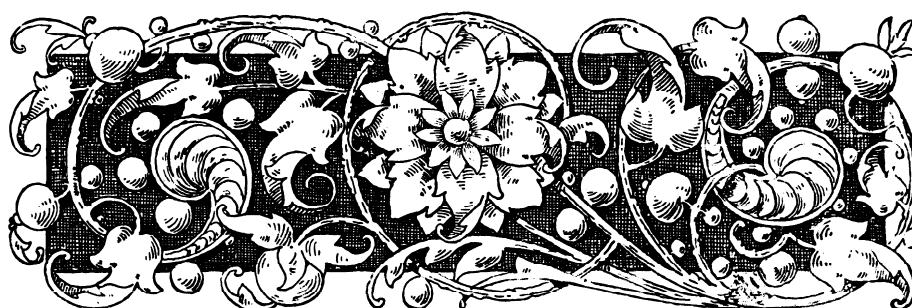
Su vida contemplativa no queda abrumada por la presencia viva y atenta de sus hermanos, en su corazón. No se contenta con decir que le basta amar a Dios y que en Él ama a todos. Sus hermanos son seres concretos que ocupan un lugar en su interior, sin turbar su atención al Altísimo. Al contrario, ellos le revelan el amor inmenso que Dios tiene al solitario. Su vida contemplativa se halla fundada sobre la armonía, interior y exterior, entre soledad y vida fraterna.

Una segunda parte de la misma carta, pone de manifiesto una convicción firmemente anclada en el corazón de Bruno: la vida que ha plantado en lo íntimo de sus hermanos, asocia de manera

radical el don puramente gratuito que Dios les concede de una vida que destaca por su paz, silencio y obediencia, con una observancia forzosamente austera, firme, perseverante y estable frente a todas las seducciones del exterior.

Bruno no pide nada más a sus discípulos. El resto es cuestión de vocación personal, que deberá desarrollarse dentro del sólido y amplio marco por él esbozado.

Penetrar en la dichosa soledad de que habla Bruno equivale a una conversión del corazón que recibimos gratuitamente de Dios, y que nos establece en la paz de su amor.



Profesión de fe de San Bruno a la hora de su muerte⁴

Hicimos lo posible para recoger la profesión de fe de Maestro Bruno, pronunciada delante de todos sus hermanos reunidos, cuando él sintió que se aproximaba la hora de entrar en el camino por el que pasa todo ser vivo, pues él nos tenía pedido, de manera muy expresa, de ser testimonios de su fe ante Dios.

Texto de la profesión⁵

Creo firmemente en el Padre, y en el Hijo, y en el Espíritu Santo; en el Padre no engendrado, en el Hijo unigénito, en el Espíritu Santo procedente de ambos, y que estas Tres personas son un solo Dios.

Creo que este mismo Hijo de Dios fue concebido por el Espíritu Santo de María, la Virgen.

Creo que la Virgen era castísima antes del parto, virgen en el parto y después del parto permaneció totalmente virgen.

Creo que el mismo Hijo de Dios fue concebido entre los hombres como hombre verdadero, mas sin pecado.

Creo que el mismo Hijo de Dios fue hecho preso por los judíos⁶, maltratado, injustamente atado, escupido, azotado, muerto, sepultado.

⁴ Maestro Bruno, al fin de sus días, deseó dejar a los suyos el testimonio de haber corrido en la noble competición hasta el fin, de haber llegado a la meta conservado la fe (cf. 2Tm 4, 7). En el presente texto, sus compañeros del eremitorio de Santa María de la Torre (Calabria-Italia) nos dejaron la solemne profesión de fe que él hizo antes de su muerte, acaecida el día 6 de octubre de 1101.

⁵ En esta magnífica proclamación de Fe de San Bruno, gustaríamos de destacar dos cosas. Primeramente, la sana doctrina que Maestro Bruno enseñó durante sus largos años de docencia en las Escuelas Catedralicias de Reims; así como la interiorización de esa misma doctrina que, en al momento en que Bruno dejaba este mundo batía en su corazón como la Luz que lo había iluminado toda su vida y por la cual luchó con toda fidelidad. En cuanto a la profesión trinitaria del cuarto apartado, Bruno repite el comienzo de la esplendida profesión de Fe del XI Concilio de Toledo, sólo que hablando en primera persona.

⁶ En el texto original se lee: “*infames judíos*”. Expresiones como estas, en autores antiguos, deben ser leídas en el contexto de la antiquísima oración universal del Viernes Santo. Mas aún, se debe tener en cuenta en ellas la forma de hablar de la época. Es por eso por lo que hemos optado aquí por una lectura más acorde a como lo hace la Iglesia actual en la redacción a la antigua oración universal referida.

Bajó a los infiernos para librar a los suyos allí cautivos.

Bajó para nuestra redención, y resucitó y ascendió a los cielos, y volverá de allí a juzgar a vivos y a muertos.

Creo en los sacramentos en que la Iglesia cree y venera, y expresamente que lo consagrado en el altar es verdadero Cuerpo, verdadera Carne y verdadera Sangre del Señor nuestro Jesucristo, a quien también nosotros recibimos para la remisión de nuestros pecados y en la esperanza de la eterna salvación.

Creo en la resurrección de la carne, en la vida eterna. Amén.

Confieso y creo en la santa e inefable Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios natural, de una sola sustancia, de una sola naturaleza, de una sola majestad y de un sólo poder.

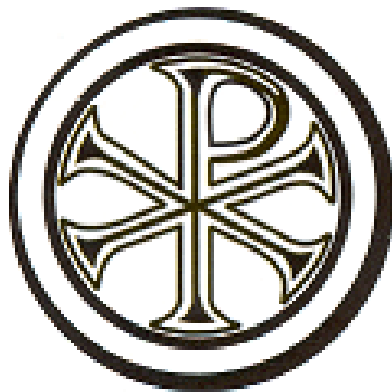
Y profesamos que el Padre no ha sido engendrado ni creado, sino que es ingénito. El mismo Padre de nadie tiene su origen. De él recibió el Hijo su nacimiento, y el Espíritu Santo su procedencia.

Es, pues, fuente y origen de toda Divinidad.

Y el mismo Padre, inefable por esencia, engendró inefablemente de su sustancia al Hijo, pero no engendró otro ser que lo que El es, Dios a Dios, la Luz a la Luz.

De él, por lo tanto, es toda paternidad en el cielo y en la tierra.

Amén.



Oración atribuida a San Bruno

Tú, que eres mi Señor,
Tú, cuya voluntad prefiero a la mía.
No me es posible contentarme con palabras
al presentarte mi oración.
Escucha mi grito
que te suplica como un inmenso clamor...

Tú, de quien me he constituido siervo:
Te ruego con perseverancia
e insistiré en mi ruego,
hasta merecer alcanzar tu favor.
Pues no anhelo un bien de la tierra;
no pido más que lo que debo pedir:
sólo a Ti...

¡Ten piedad de mí!
Y pues inmensa es tu misericordia
y grande mi pecado,
ten piedad de mí inmensamente
en proporción a tu misericordia.

Entonces podré cantar tus alabanzas,
contemplándote, Señor.
Te bendeciré con una bendición
que perdurará a lo largo de los siglos;
te alabaré con la alabanza y la contemplación,
en este mundo y en el otro,
como María, de quien nos dice el Evangelio,
que ha escogido la parte mejor.

Amén.

Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II
con ocasión del IX centenario de la muerte de San Bruno



AL REVERENDO PADRE MARCELLIN THEEUWES,
PRIOR DE CHARTREUSE,
MINISTRO GENERAL DE LA ORDEN DE LOS CARTUJOS,
Y A TODOS LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA CARTUJANA

Mientras los miembros de la familia cartuja celebran el IX centenario de la muerte de su fundador, doy gracias juntamente con ellos a Dios, que suscitó en su Iglesia la figura eminente y siempre actual de san Bruno. Con una oración ferviente, apreciando vuestro testimonio de fidelidad a la Sede de Pedro, me uno de buen grado a la alegría de la orden cartuja, que tiene a este "padre muy bueno e incomparable" como maestro de vida espiritual. El 6 de octubre de 1101, "ardiendo de amor divino", Bruno dejó *"las sombras fugitivas del siglo"* para alcanzar definitivamente los bienes eternos" (cf. *Carta a Raúl*, n. 13). Los hermanos del eremitorio de Santa María de la Torre, en Calabria, a los que había dado tanto afecto, no podían dudar de que ese *dies natalis* inauguraba una aventura espiritual singular, que produce aún hoy frutos abundantes para la Iglesia y para el mundo.

Testigo de la inquietud cultural y religiosa que en su época agitaba a la Europa naciente, protagonista de la reforma que deseaba realizar la Iglesia frente a las dificultades internas que encontraba, después de ser un profesor apreciado, Bruno se sintió llamado a consagrarse al bien único que es Dios mismo. *"¿Hay algo tan bueno como Dios? Más aún, ¿existe un bien que no sea Dios? Por eso el alma santa que percibe este bien, su incomparable brillo, su esplendor y su belleza, arde en la llama de amor celestial y exclama: "Mi alma tiene sed del Dios vivo; ¿cuándo veré el rostro de Dios?"* (*Carta a Raúl*, n. 15). El carácter radical de esta sed impulsó a Bruno, en la escucha paciente del Espíritu, a inventar con sus primeros compañeros un estilo de vida eremítica, en el que

todo favorece la respuesta a la llamada de Cristo que, en todos los tiempos, elige a hombres *"para llevarlos a la soledad y unirse a ellos con un amor íntimo"* (*Estatutos de la Orden de los Cartujos*). Con esa elección de "vida en el desierto", Bruno invita desde entonces a toda la comunidad eclesial *"a no perder nunca de vista la suprema vocación, que consiste en estar siempre con el Señor"* (*Vita consecrata*, 7).

San Bruno manifiesta un vivo sentido de Iglesia, pues fue capaz de olvidar "su" proyecto, para responder a las llamadas del Papa. Consciente de que no se puede avanzar por el camino de la santidad sin obedecer a la Iglesia, nos muestra así que la verdadera vida de seguimiento de Cristo exige ponerse en sus manos, manifestando en el abandono de sí un suplemento de amor. Esta actitud le mantenía en una alegría y alabanza a Dios permanentes. Sus hermanos constataban que *"tenía siempre el rostro radiante de gozo y palabras modestas. Con el vigor de un padre, sabía mostrar la sensibilidad de una madre"* (*Introducción al Pergamino fúnebre dedicado a san Bruno*). Estas delicadas palabras del pergamino fúnebre expresan la fecundidad de una vida consagrada a la contemplación del rostro de Cristo, fuente de eficacia apostólica y motor de la caridad fraterna. Ojalá que los hijos e hijas de san Bruno, a ejemplo de su padre, sigan contemplando siempre a Cristo, mostrando así *"una vigilancia santa y perseverante, a la espera de la vuelta de su Maestro, para abrirle cuando llame"* (*Carta a Raúl*, n. 4); esto constituye una llamada estimulante para que todos los cristianos se mantengan vigilantes en la oración a fin de acoger a su Señor.

Después del gran jubileo de la Encarnación, la celebración del IX centenario de la muerte de san Bruno adquiere hoy aún mayor importancia. En la carta apostólica *Novo millennio ineunte* he invitado a todo el pueblo de Dios a recomenzar desde Cristo, para que quienes tienen sed de sentido y de verdad escuchen los latidos del corazón de Dios y del corazón de la Iglesia. Las palabras de Cristo: *"Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo"* (*Mt 28, 20*), invitan a todos los que llevan el nombre de discípulos a sacar de esta certeza un impulso renovado para su vida cristiana, fuerza inspiradora de su camino (*cf. Novo millennio ineunte*, 29). La vocación a la oración y a la contemplación, que

caracteriza la vida cartuja, muestra particularmente que sólo Cristo puede dar a la esperanza humana una plenitud de sentido y de alegría.

¿Cómo dudar entonces, aunque sólo sea por un instante, de que esa expresión del amor puro da a la vida cartuja una extraordinaria fecundidad misionera? En el retiro de los monasterios y en la soledad de las celdas, paciente y silenciosamente, los cartujos tejen el vestido nupcial de la Iglesia, *"engalanada como una novia ataviada para su esposo"* (Ap 21, 3); presentan diariamente el mundo a Dios e invitan a toda la humanidad al banquete de bodas del Cordero. La celebración del sacrificio eucarístico constituye la fuente y la cumbre de toda la vida en el desierto, conformando al ser mismo de Cristo a los hombres y mujeres que se entregan al amor, a fin de hacer visibles la presencia y la acción del Salvador en el mundo, para salvación de todos los hombres y alegría de la Iglesia.

En el corazón del desierto, lugar de prueba y de purificación de la fe, el Padre lleva a los hombres por un camino de desprendimiento que va contra la lógica del tener, del éxito y de la felicidad ilusoria. A los que querían vivir según el ideal de san Bruno, Guigues el Cartujo los animaba sin cesar a *"seguir el ejemplo de Cristo pobre, (para) compartir sus riquezas"* (Sobre la vida solitaria, n. 6). Este desprendimiento implica una ruptura radical con el mundo, que no es desprecio del mundo, sino una orientación asumida para toda la existencia en una búsqueda asidua del único Bien: *"Me has seducido, Señor, y me dejé seducir"* (Jr 20, 7). ¡Feliz la Iglesia, que puede contar con el testimonio cartujo de disponibilidad total al Espíritu y de una vida entregada totalmente a Cristo!

Así pues, invito a los miembros de la familia cartuja a ser, con la santidad y sencillez de su vida, como una ciudad en la cima del monte y como una lámpara sobre el candelero (cf. Mt 5, 14-15).

Que, arraigados en la palabra de Dios, saciados por los sacramentos de la Iglesia y sostenidos por la oración de san Bruno y de los hermanos, sigan siendo para toda la Iglesia, y en el centro del mundo, *"lugares de esperanza y de descubrimiento de las bienaventuranzas; lugares en los que el amor, alimentado con la ora-*

ción, principio de comunión, está llamado a convertirse en lógica de vida y fuente de alegría" (Vita consecrata, 51). La vida de clausura, expresión sensible de una ofrenda de toda la vida vivida en unión con la de Cristo, al hacer sentir la precariedad de la existencia, invita a confiar únicamente en Dios. Aumenta la sed de recibir las gracias concedidas con la meditación de la palabra de Dios. Asimismo, es "el lugar de la comunión espiritual con Dios y con los hermanos y hermanas, donde la limitación del espacio y de las relaciones con el mundo exterior favorecen la interiorización de los valores evangélicos" (ib., 59). En efecto, la búsqueda de Dios en la contemplación es inseparable del amor a los hermanos, un amor que nos lleva a reconocer el rostro de Cristo en el más pobre de entre los hombres. La contemplación de Cristo vivida en la caridad fraterna sigue siendo el camino más seguro para la fecundidad de toda vida. San Juan no cesa de recordarlo: "Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios" (1Jn 4, 7). Lo había comprendido muy bien san Bruno, que jamás separó el primado que otorgaba a Dios en toda su vida de la profunda humanidad que testimoniaba entre sus hermanos.

El IX centenario del "*dies Natalis*" de san Bruno me brinda la ocasión de renovar mi gran confianza en la Orden de los Cartujos por lo que respecta a su misión de contemplación gratuita y de intercesión por la Iglesia y por el mundo. A ejemplo de san Bruno y de sus sucesores, los monasterios cartujos no dejan de atraer la atención de la Iglesia hacia la dimensión escatológica de su misión, recordando las maravillas que Dios obra y velando en espera del cumplimiento último de la esperanza (cf. *Vita consecrata*, 27). La orden cartuja, centinela infatigable del Reino que viene, procurando "ser" antes que "hacer", da a la Iglesia vigor y valentía en su misión, para remar mar adentro y hacer que la buena nueva de Cristo inflame a toda la humanidad.

Durante estos días de fiesta de la Orden, ruego ardientemente al Señor que suscite en el corazón de numerosos jóvenes la llamada a dejarlo todo para seguir a Cristo pobre por el camino exigente pero liberador de la vida cartuja. Invito también a los responsables de la familia cartuja a responder sin miedo a las llamadas de las Iglesias jóvenes a fundar monasterios en sus territorios.

Con este espíritu, el discernimiento y la formación de los candidatos que se presentan deben ser objeto de una atención renovada por parte de los formadores. En efecto, nuestra cultura contemporánea, marcada por un fuerte sentimiento hedonista, por el afán de poseer y por una concepción errónea de la libertad, no facilita la expresión de la generosidad de los jóvenes que quieren consagrar su vida a Cristo, deseando seguir sus pasos por el camino de una vida de amor oblativo y de servicio concreto y generoso. La complejidad de los caminos personales, la fragilidad psicológica y las dificultades para vivir la fidelidad en el tiempo invitan a hacer todo lo posible para proporcionar a los que piden entrar en el desierto de la cartuja una formación que abarque todas las dimensiones de la persona. Además, hay que prestar atención especial a la elección de formadores capaces de acompañar a los candidatos por el camino de la liberación interior y de la docilidad al Espíritu Santo. Por último, conscientes de que la vida fraterna es un elemento fundamental del itinerario de las personas consagradas, es preciso invitar a las comunidades a vivir sin reservas el amor mutuo, fomentando un clima espiritual y un estilo de vida conformes al carisma de la Orden.

Queridos hijos e hijas de san Bruno, como recordé al final de la exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata*, "*vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa que recordar y contar, sino una gran historia que construir. Poned los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu os impulsa para seguir haciendo con vosotros grandes cosas*" (n. 110). En el corazón del mundo, hacéis que la Iglesia esté atenta a la voz de su Esposo, que le dice: "*¡Ánimo!: yo he vencido al mundo*" (Jn 16, 33). Os exhorto a no renunciar jamás a las intuiciones de vuestro fundador, aunque el empobrecimiento de las comunidades, la disminución de las entradas y la incomprensión que suscita vuestra opción radical de vida puedan llevaros a dudar de la fecundidad de vuestra Orden y de vuestra misión, cuyos frutos pertenecen misteriosamente a Dios.

A vosotros, queridos hijos e hijas de la cartuja, que sois los herederos del carisma de san Bruno, os corresponde conservar en toda su autenticidad y profundidad la especificidad del camino espiritual que os mostró con su palabra y su ejemplo. Vuestro conoci-

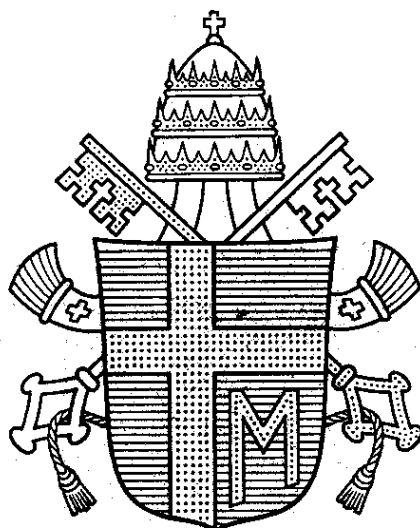
miento experiencial de Dios, alimentado en la oración y la meditación de su palabra, invita al pueblo de Dios a ensanchar su mirada hacia los horizontes de una humanidad nueva que busca la plenitud de su sentido y la unidad. Vuestra pobreza, ofrecida para gloria de Dios y salvación del mundo, es una contestación elocuente de las lógicas del lucro y la eficacia que frecuentemente cierran el corazón del hombre y de las naciones a las verdaderas necesidades de sus hermanos. En efecto, vuestra vida escondida con Cristo, como la cruz silenciosa plantada en el corazón de la humanidad redimida, sigue siendo para la Iglesia y el mundo el signo elocuente y el recuerdo permanente de que todo ser, hoy como ayer, puede dejarse conquistar por Aquel que es sólo amor.

Encomendando
a todos los miembros de la familia cartuja
a la intercesión de la Virgen María,

Mater singularis Cartusiensium,

Estrella de la evangelización del tercer milenio,
os imparto una afectuosa bendición apostólica,
que extendo a todos los bienhechores de la Orden.

*Ioannes Paulus II,
14 Maius, Anno Domini 2001.*



Índice

Introducción	3
Breve historia de San Bruno	5
Cronología de su vida	24
Sobre San Bruno	27
Cartas	
A Raúl Le Verd	43
A sus hijos de Chartreuse	49
Comentario de las cartas	55
Profesión de fé de San Bruno	61
Oración atribuida a San Bruno	63
Mensaje de Juan Pablllo II	
a la Orden de la Cartuja	65



